

LA 18
LINTERNA
MÁGICA



POR
FACUNDO

297
DAD AUTO
CIÓN GE



1080046428



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA
LINTERA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XVIII

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

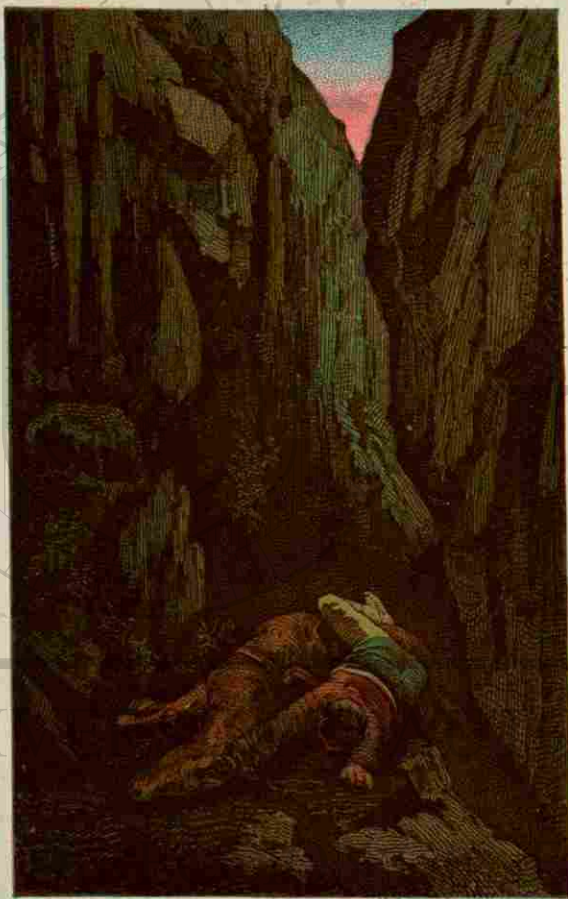


Fig. 1. Blanchard-Santander

Libro de M. Garcia y L. Blanchard y Sabana

El banquete de los lobos.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE GUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XVIII.



Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

SANTANDER,

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

55145

36221

081
Núm. Clas. _____
Núm. Autor C9652/v. 16/19
Núm. Adg. 36221
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasifico _____
Catalogo _____



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

LAS GENTES
que «son así»

(PERFILES DE HOY)

POR

FACUNDO

TOMO III.

SEGUNDA EDICIÓN.



SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD. ®

1892.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

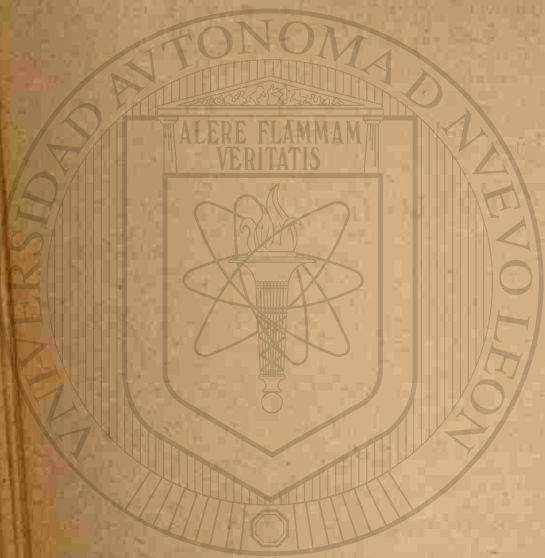
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, N.M.

36221





CAPÍTULO II.

EL CAREO.

MIENTRAS esto pasaba en el jardín, Carlos se ocupaba de asuntos algo más serios que los amores de Carolina con Castaños.

Gómez había solicitado tener con Carlos una conferencia reservada.

—La verdad patrón, á mí me *acreminan* gratuitamente, por que hay enemigos ocultos; y con permiso de su persona de usted esto no se ha de quedar así, por que no se atropella así *nomas* á los hombres por sim-

ples indicios, sino que necesitan probarle á uno que *onde* lo cojen es por algo; porque, la verdad patrón, el que nada debe nada teme; y *digasté nomas* de qué andan los de la hacienda chica echándosela de rurales y aprehendiendo al que topan en el camino. Yo, la verdad patrón, sólo por consideraciones á la casa y á la persona de usted me dejé coger, que sinó ¿cuándo me agarran? pero dije, al fin el niño D. Carlos me conoce como á sus manos, ya me soltarán; pero la verdad patrón, esto no se puede quedar así, porque mi honor está de por medio y nada tiene el hombre más que la honra, y al hombre se conoce por sus acciones, y lo que es á mí, ahí esta el señor administrador y el dependiente y su merced mismo, que pueden responder de mi conducta.

—Pero bien, le interrumpió Carlos ¿qué es lo que usted pretende?

—Yo, la verdad patrón que si he delinquido, que se me castigue; pero sinó, que no me anden molestando y que si su merced tiene confianza en mí, que me diga si ha de

responder como siempre, porque lo que yo quiero son garantías para mi persona, que al fin y al cabo uno tiene sus asuntos.

—Por mi parte, dijo Carlos, no tengo ningún motivo para sospechar de la conducta de usted, y no debo creer sino que durante el tiempo que no le he vuelto á ver, su conducta deberá haber sido tan arreglada, como cuando tuve el gusto de tenerlo á usted al servicio de mi hacienda.

—Puede usted jurarlo, patrón.

—Pero..... continuó Carlos, la justicia ha tomado ya conocimiento de este asunto; y supuesta la inocencia de usted, no habrá medio mas á propósito para probarla, que el propio juicio, en el que, á no dudarlo, usted va á justificar una vez más, el ser un hombre honrado; lo cual, repito en conciencia, no tendré embarazo en asegurar cuando se ofrezca.

—Quiere decir, dijo Gómez arreglando la toquilla de su sombrero que tenia en las manos, quiere decir patrón, que siempre me voy á ver metido en cosas de justicia,

sólo porque á los *de la chica* se les antojó encontrarme en el camino.

—Entiendo que la autoridad admitirá mi deposición en favor de usted, y se conformará con ella; pero como en la causa habrá tal vez que tener en cuenta otras circunstancias.....

—¿Otras circunstancias, patrón?

—Sí, porque las primeras diligencias, no comienzan precisamente por usted.

—¿No, pues por quién?

—Hay otro reo.

—Quiere decir que somos dos.

—Sí.

—¡Ah qué patrón! pues la verdad veo que de nada me ha servido portarme bien en la casa de usted, porque al fin y al cabo siempre lo acriminan á uno y ya le digo á usted que no faltan enemigos.

—Por lo mismo va usted á confundir á esos enemigos con un testimonio irrefragable como será, á no dudarlo, el resultado final de la causa.

—Como luego esas causas son tan largas,

patrón, y ya ve usted que se eternizan los jueces, y entretanto á mí se me hace *malo-bra*, porque también uno tiene qué perder, porque por beneficio de Dios, todavía le quedan á uno algunos medios que cuidar, y yo tengo mis intereses.

—No creo que haya motivo para que este asunto se prolongue, porque resultando del careo á que se va á proceder, que usted nada tiene de común con el otro reo, mi certificación quedará con esto corroborada.

—Pues la verdad patrón, yo si me he quedado en la hacienda, ha sido con la seguridad de que su merced había de responder por mí.

—Y respondo efectivamente, según lo he manifestado á todos desde el momento en que reconocí á usted como mi antiguo mayordomo.

—Pues diga usted, si usted me conoce bien patroncito.

—¡Señor don Carlitos! gritó una voz al través de la puerta del gabinete de Carlos.

—¡Señor don Homobono! exclamó Carlos, pase usted adelante.

—Con que ya sé, dijo don Homobono entrando, dicen que mis muchachos han ido á hacer una barrabasada, que han.....

—Sí, señor don Homobono, han cogido á Gómez.

—¡Gómez!.... ¡Gómez! dijo don Homobono recapacitando ¿con que usted es Gómez? ¿cómo vamos Gómez, hombre, cómo vamos?

—¿Cómo le vá á usted señor don Homobono?

—¡Hombre, si está usted inconocible! cuando estaba usted aquí de mayordomo, era usted otro; pues.... quiero decir.... ha engordado usted, está mas lleno y mas.... vaya hombre, me alegro hombre, me alegro; ¿con que lo cogieron á usted mis muchachos?

—Sí, señor; y todo porque venía yo andando.

—Y de repente.... zás ¿eh? ¡Ah qué muchachos! pero usted debe disculparlos, no

conocían á usted, todos ellos son jóvenes, son nuevos en la hacienda; pero nada hombre, no hay que afligirse, la cosa es bien sencilla, un careo, un simple careo y santas páscuas; porque..... efectivamente la cosa tiene que ser así, por la vindicta pública y que..... en fin, es un trámite de justicia; pero no tenga usted cuidado hombre, no tenga usted cuidado, que todo va á arreglarse; yo le ofrezco á usted, que no pasa del día el negocio, y usted quedará bien ¿no es verdad señor don Carlitos? y en seguida veremos otra vez á Gómez hechar una mangana y tumbar uno que otro torito de la cola, que ya me acuerdo que era usted bueno para eso.

—No, señor, dijo Gómez, ya no he vuelto á atravesar.

—Sin embargo, sin embargo, es usted del campo y ya será usted maestro, ya lo veremos, ¿no, señor don Carlitos? porque mañana empezará el herradero, según me ha dicho el administrador.

—Seguramente, contestó Carlos, parece

que nos prepara para esa diversión, que es una de las que se hacen en estos casos; vengo tan pocas veces á la hacienda, que cuando llego á venir, falta tiempo para todas esas cosas; porque los dependientes se empeñan en que las veamos todas.

—Muy bien, señor don Carlitos; vamos á divertirnos mucho; y lo que es el incidente de Gómez, lejos de ser un motivo de disgusto, va á pasar tan pronto y á dar tan buen resultado, que todos vamos á quedar contentísimos.

Don Homobono tenía razón en esperar que aquel negocio caminaría de prisa, pues hacía ya una hora que habían llegado á la hacienda grande las autoridades que intervinieron en la prisión de Salomé y que se habían encargado de las primeras diligencias; de manera, que mientras don Homobono hablaba con Carlos y con Gómez, ya las dichas autoridades, que habían tenido tiempo de reflexionar sobre el asunto, habían llamado á Castaños, á Anita y á doña Refugio, para tomarles las respectivas de-

claraciones, de las que había resultado que Castaños, en la noche del asalto, había oído á uno de los ladrones exclamar «*ven, vámonos; no digas mi nombre,*» que estas palabras se las había dirigido á Salomé; que ésta había dirigido también algunas palabras al asaltante, palabras que Castaños no recordaba, pero que desde luego podía asegurar que eran las de una persona que se encuentra con otra á quien no ha visto en mucho tiempo; que Castaños hizo fuego sobre el bandido, y que oyó dos gritos, por lo que juzga haberlo herido; que en seguida huyeron los asaltantes y se perdieron en la espesura de las malezas.

De la declaración de Anita, resultaba ser cierto todo lo que Castaños afirmaba, en todas sus partes; pero la declaración de doña Refugio estaba totalmente oscura, y hasta en contradicción con las anteriores; lo cual había dado mucho en qué pensar á los jueces, quienes se pusieron á hablar, deseando en último resultado, oír la respectable opinión del señor don Homobono Pé-

rez, del señor don Carlos y de las demás personas de respeto á quienes pudiera consultarse en el asunto.

Salomé, entretanto, en su calidad de presa incomunicada y entregada á la custodia de guardianes que consideraban que su primera obligación era ver en aquella mujer una especie de animal feroz, no volvió á hablar con nadie desde que se despidió de doña Refugio, ni sabía, aunque caminaba, á qué lugar iría á parar.

Los acontecimientos se presentaban á su imaginación con toda la lucidez que le producían su exaltación y sus cuidados.

—Gómez debe estar cerca de mí; es indudable que me busca.... pero aquel grito.... no ha sido herido, aunque no gravemente, supuesto que pudo huir ¿pero por qué se presentó en aquellos momentos? ¿Se reuniría conmigo por casualidad en el instante en que éramos atacados? No puede haber sido de otro modo, porque suponerlo de acuerdo con los asaltantes, es imposible.

Estas y otras mil ideas se sucedían tu-

multuosamente en la imaginación de Salomé, y se dejaba conducir por sus guardianes, sin saber al punto á donde dirigía sus pasos.

Deliberaban entre tanto los jueces, acerca de la manera mas acertada de verificar el careo.

Tomáronle á Salomé nuevas declaraciones: pero éstas, así como las anteriores, no dieron más luz á la justicia, pues Salomé insistía en negar que conocía al asaltante.

Le llegó su turno á Gómez, quien mas diestro en asuntos de la naturaleza del presente, tenía ya formada de antemano su resolución de negar obstinadamente. De manera, que por el tenor de las declaraciones, á juzgar hasta aquel momento, la justicia no estaba mas adelantada que al principio.

Pero don Homobono Pérez, que solía ser hombre de buenas inspiraciones, tenía una fé ciega en el careo, y fué quien dispuso las cosas, de manera que no faltara á este procedimiento toda la parte cómica con que podía ser exornado.

Tenía la palabra uno de los jueces, el más instruido, el más considerado de todos, en virtud de los estudios que, según él, había tenido.

—Nos restan solamente señores, decía el juez, las formalidades del careo, porque de esta prueba resultará la verdad.

A una señal del juez se abrió una puerta que estaba frente á Gómez, en quien todos los presentes fijaban la atención con interés.

Al presentarse Salomé en la sala, no pudo contener un movimiento de sorpresa al ver á Gómez; y éste por su parte, dejó ver al través de una palidez repentina que Salomé había causado en él una impresión profunda.

Reinó un silencio solemne; y por la mente de todos los circunstantes atravesó simultáneamente la idea de la culpabilidad del acusado, quien, no desconociendo la posición comprometida en que se encontraba, é ilustrado por los interrogatorios que había sufrido, calculó que debía optar por otro

medio de defensa más eficaz que las simples negativas.

—¿Conoce usted á esta mujer?

Gómez en vez de contestar, paseó su mirada por la sala.

—¿Conoce usted á este hombre? preguntó en seguida el juez dirigiéndose á Salomé.

El silencio fué la única respuesta.

—Quien calla, otorga, dijo el juez.

—Con permiso de usted, señor juez: la verdad, señor, es que no podía hablar, porque cada uno tiene sus cosas y no siempre se deben decir al primero que las pregunta. Es inútil que ustedes se estén cansando de valde, y ya veo que hay cosas que no se deben negar, porque al fin y al cabo todo se sabe.

—El reo confiesa, dijo el juez.

—No, no confieso, dijo Gómez con altivez, lo que voy á hacer es á probar que soy inocente lo mismo que la señora que está presente. Pues.... la verdad, señores, esta señora.... pues ¿cómo diré? esta señora es

mi amor y esa es la causa y motivo porque me encuentro aquí. Yo sabía que esta señora venía caminando para la hacienda grande, y como hace algunos años que la busco sin poderla encontrar, cuando me avisaron que venía para la hacienda, dije, allá voy, y yo la busco; llego al oscurecer á las barrancas, oigo tirar y veo que estaban atacando á los señores de la hacienda unos bandidos, y dije, pues allá voy, porque si.... si la señora viene allí, no la vayan á lastimar y la verdad, me metí á la bola, por que al fin los bandidos no sabrán porque voy ni me han de hacer nada, que al cabo son *coyones*, y la verdad, patrón, me metí hasta dar con la señora, y le dije: vámonos; pero yo no sé quién me creyó de los bandidos y me tiró un tiro, y como se espantó mi caballo, se sacó recio y me metió en el monte, y yo dije pues vale más rodear y llegar mañana á la hacienda grande, que al fin allá la veré, y le diré al amo Don Carlos que allá voy á ver cómo le va de salud; y venía yo andando cuando me cayeron los de la hacienda chica,

y me trajeron *es que* porque.... es que por sospechoso. Esta es la pura verdad, señor juez, y si ántes no lo había yo dicho era, porque la verdad, ¿qué necesidad tiene uno de andar contando lo que pasa con las mujeres? pero tanto le hacen á uno hasta que tiene que decir la verdad.

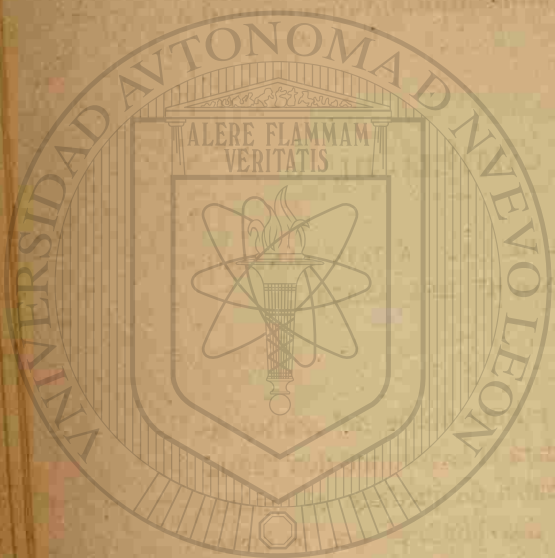
—¿Es cierto, preguntó el juez á Salomé, todo lo que dice el acusado?

—Es cierto, dijo Salomé con firmeza.

Mandó el juez enseguida retirar á los reos y se puso á deliberar con sus compañeros cuyas opiniones habían cambiado sustancialmente acerca del asunto.

Carlos interpuso su valimiento, y quedó resuelto sobreseer en aquella causa por no haber motivos suficientes para proceder contra el reo.





CAPITULO III.

DE LO QUE LE PASÓ Á DON SANTIAGO
LA NOCHE DEL ASALTO.

EN la misma noche del asalto, recordará el lector que don Santiago había de quedarse al cuidado de uno de los dos hombres que lo custodiaban.

El *Pájaro* vaciló en la elección; pero al fin se resolvió á llevar consigo el mas útil de aquellos hombres, pues no desconocía que se trataba de correr un positivo peligro en el asalto, y quería contar con que toda su gente fuera ya resuelta.

Don Santiago notó todos aquellos preparativos; y cuando se hubo persuadido de que por la primera vez no tenía á su lado sino un solo hombre, la esperanza de salvarse lo animó de tal manera, que se decidió á comenzar de nuevo y con vigor todas sus tentativas de evasión.

El *Pájaro*, antes de alejarse, registró la cueva, y notando que allí había una botella con aguardiente, fingió tropezarse con ella para que se derramara.

—¡Adios! exclamó el vigilante, ya me tiró mi ese.

—Mejor, contestó el *Pájaro*, no le vaya á hacer daño.

—¿Daño?

—No se vaya á dormir.

—¿Yo, pues qué me ando durmiendo?

—Luego sucede.

—¿Tiene *disconfianza*?

—No, amigo.

—¿Por qué entonces.....

—¿Entonces, qué?

—No, sino.... que ya sabe que sé portarme como los hombres.

—¡Adios! dijo el *Pájaro*, cambiando de tono y comprendiendo que no debía disgustar á su valedor, pues no vé que no la *vide*.

—¡Qué no la *vido* y hasta una patada le pega!

—¡Ah, qué de patada! con que está oscuro; yo sé lo que le digo vale; mañana beberemos.

—¿Mañana?

—Sí, vale; mañana nos vemos.

Y diciendo esto, desapareció el *Pájaro* llevándose en su compañía, de los dos guardianes, al que había permanecido callado.

—¡Usted dirá qué sin razón! dijo el guardián á don Santiago, *diatiro* me deja sin beber.

—Es muy natural, contestó estudiadamente don Santiago, sabe que va usted á quedarse solo conmigo y que podía usted dormirse.

—¿Solo? ¿solo? ¡adios de solo! ni lo crea

que voy á estar solo; ¿pues no ve que aquí abajito están los otros?

—¿Cuáles?

—Los otros cuatro que lo cuidan.

—¿Y por qué no vienen? al menos platicaremos todos juntos.

—¡Ah qué usted! ¿pues no ve que están cuidando el camino.

—Entonces sería bueno que fuéramos á dar una vuelta.

—¿Poronde?

—Por ahí, por el campo; esta cueva está muy fea.

—¡Adios!

—Vea usted, dijo don Santiago al cabo de un rato, vamos á ser buenos amigos y acaso no le pesará; porque puedo hacer á usted proposiciones ventajosas.

—¿Y qué proposiciones? preguntó el bandido movido por la codicia.

—En primer lugar, dijo don Santiago movido á su vez por la esperanza, podría dar á usted una suma de dinero que le bastara para quitarse de la mala vida.

—¿Tanto?

—Por lo menos, si usted la supiera emplear, no volvería á faltarle.

—¿Y en qué lo empleaba?

—No faltaría; y una vez decidido á trabajar.....

—¡A trabajar! pues bien quedaba yo si iba á trabajar.....

—¿Por qué no? ¿usted qué sabe hacer?

—Pues zapatos: soy zapatero.

—¡Magnífico! exclamó D. Santiago, pondrá usted una zapatería.

—¿Y las contribuciones?

—Sin pagar contribución.

—¡Ah que usted! ¿cómo haría yo?

—Pondría usted un taller de zapatería en mi pueblo, yo cooperaría.....

—No: qué taller!... ¿pues no ve que se mueren de hambre los zapateros? y luego *paqué?* paque lo cojan á uno de leva el día menos pensado: no amigo ¡qué taller! si yo por eso mejor ando viendo lo que Dios me dá; y luego las enemistades; porque, por vida de usted, que hay mal inten-

cionados que sólo por perjudicar á uno le levantan ¡yo cuándo! *pos hora sí!*

—Pero en esta vida que usted lleva, replicó don Santiago con tono reposado, está usted expuesto á que lo sorprendan un día, y va usted á tener un fin desastroso.

—¡Adios de desastroso! ¿pos qué me han de hacer?

—Colgarlo.

—¡Ah que mano! ¡esque colgarme!....

—¿Por qué no?

—No *tanainas*.

—Quién sabe....

—Y suponiendo; pues para eso son los hombres.

—¿Y no teme usted á la otra vida?

—¡Pos *quen* sabe lo que habrá! dicen que nada....

—¿Tiene usted idea de Dios?

—¡Pues cómo no, si soy cristiano! ¡usté sí que!...

—¿Y no cree usted que Dios castiga?

—¡Pos cuándo no!

—Entónces....

—¿Y á mí de qué me ha de castigar? ¡vaya! porque yo si ando por ahí con los amigos, es para buscar para la *susistencia*; ¿ó *diatiro* quiere que me muera de hambre? yo por eso me *ispongo* y cada *quen* hace su lucha ¡*pos hora sí!*

—¿Usted nunca ha sufrido?

—¿Yo, de qué?

—¿Ha tenido usted algún dolor?

—¿Dolor? no más cuando me pegaron. ¡Mire! ¡tanto belduque que me encajaron por aquí!

Y el bandido indicó su costado izquierdo y continuó:

—Por poco pelo, amigo: si ya ni hablaba.

—¿Y qué pensaba usted entonces?

—Pues yo no sé lo que me diría el padrecito; *pos* si estaba yo hasta sordo.

—Pues bien; ahora que oye usted perfectamente y que entiende, dígame usted ¿qué es lo que usted quisiera?

—¿Yo? de qué?

—¿Está usted muy contento con su modo de vivir?

—Pues la verdad, sí, amigo; para qué me he de quejar. Tiene uno sus medios derrepente, y derrepente no los tiene; pero no faltan amigos que lo hagan á uno formal; y si no ahí está mi compadre D. Máximo, que *ahorita ahorita* le estoy debiendo sesenta pesos; él se espera, pero el día que me *habelito* se los pago; y tengo también unos trapos empeñados que ya mero se me cumplen; pero el *Pájaro* me dijo, ora verás como lo pagas todo, y dice que usted nos va á dar á todos; y yo creo que es por eso por lo que no dejan ir á usted, amigo; yo que usted, la verdad, por quitarme de estar padeciendo, pues de una vez le daba al *Pájaro* lo que le pide.

—¿A usted cuánto le ha ofrecido el *Pájaro*?

—Pos dice..... dice que me ha de dar harto.

—¿No le ha dicho á usted cuánto?

—Pues me dijo, te voy á llenar tu sombrero, usted dirá....

—¿Eso nada más?

—¡Pues ande ¿qué más quiere que me dé?

—Yo le daría más.

—¿Más? ¡ah que usted! ¿como qué tanto más?

—Otro sombrero lleno.

—¿Dos sombreros llenos?

—Sí.

—¿Pero de centavos?

—No, de pesos fuertes.

—¿Qué, de veras?

—¿Lo quiere usted ver? vamos por el dinero.

—¿Onde?

—Al pueblo.

—¡Ah qué! con eso me cojen y usted se va.

—Va usted conmigo, diré que es usted mi criado.

—No soy tan tonto; porque usted hará una seña ¡y adios! me cojen y usted se va.

—Piense usted, insistió don Santiago, en que es mejor que lo que he de dar, sea todo para usted y no para todos; porque en

tonces le tocará á usted muy poco, y no le alcanzará ni para pagarle á su compadre.

—Lo que es yo; ¿pos qué mejor? pero siempre es bueno desconfiar.

—Desconfie usted en buena hora, pero piense usted en lo que le conviene.

—Usté no conoce al *Pájaro*, amigo.

—¿Por qué?

—¿Pos cuándo me la perdonaba? por mí pues vaya *orita* nos vamos; ¿pero luego, qué hago?

—Teniendo bastante dinero, usted se pondrá en salvo.

—Pongo tierra de por medio, como quien dice....

—Eso es.

—¡Vaya! si el *Pájaro* parece que vuela; y como yo ando con él, *digasté*; tan pronto estamos por el Bajío como por Veracruz y luego vamos á caer á las cruces, y de allí á Morelia; no, amigo; si lo que es al *Pájaro* no lo cojen.

—Bien está, pero es necesario que nos arreglemos y que usted piense formalmen-

te en el modo de sacar el mejor partido posible de las circunstancias.

El bandido se quedó pensando un largo rato, al cabo del cual dijo:

—Bueno: pero á ver qué seguridades me da, ¿ó quiere que lo crea así *nomas*?

—¿Qué seguridades quiere usted?

—Pues á ver usté las que me da.

—Éstas: dijo don Santiago con firmeza: nos vamos solos, usted va armado y yo sin armas, llegamos al pueblo, digo que he sido plagiado y que me escapé; que usté es mi criado; vamos á mi casa, allí hace usted una maleta con el dinero que le de, sin permitirme hablar solo con nadie; salgo con usted del pueblo y lo dejo á cierta distancia; usted se va para donde quiera y yo me vuelvo.

El bandido se quedó pensando por largo tiempo, y luego dijo:

—Yo, la verdad, tengo temor de que usté me juegue una mala pasada; porque ¿quién quita que usté le haga una seña á algún soplón y me vaya á resultar algo?

—Vea usted; dijo don Santiago alentado con una nueva esperanza y comprendiendo que estaba en vía de catequizar á su carcelero. Por poco temor que tenga usted al castigo eterno, algunas veces ha de haber pensado que todo se paga. El género de vida que usted lleva, no puede conducirle á ningun buen resultado, y es preciso que reflexione usted en que el hombre honrado, aquél que no le hace mal á nadie, es el único que tiene derecho á aspirar, ya no sólo al aprecio de sus semejantes, sinó al bienestar individual; bienestar que sólo se consigue, cuando la conciencia está tranquila. Por muchos que sean los errores que usted haya cometido en su vida, deberá usted pensar alguna vez en reducirse y en aspirar á su tranquilidad, rodeándose de una familia buena y cariñosa.

—¿Familia? ¡ah qué señor! si yo no tengo familia; ¿pues acaso no ahorcaron á mi padre?

—¿Lo ahorcaron?

—¡Pues no! y yo dije: ¿pues qué he de

hacer? al fin á mi padre ya le sucedió una desgracia, ¿pues yo qué pierdo con meterme?

—Y el día en que la justicia, continuó don Santiago, llegue á apoderarse de usted ¿no concibe lo espantoso de su situación, si, como es posible, le prueban á usted sus crímenes?

—¡Adios! ¡qué usted! ¿y á mí qué me han de probar? ¿pues acaso no sabe uno negar? ¿pues de qué van entonces á probarle á uno nada? lo colgarán, yo no digo que no, porque hay algunos que pelan, pero de algo ha de morir uno.

—Con la diferencia que esa muerte ha de ser espantosa, esperándola de momento á momento.....

—¿Y qué? exclamó el bandido; más por no querer pensar en ello, que porque sintiera la indiferencia de que hacía alarde.

—Mientras que, si por el contrario, siguió don Santiago, usted llega á comprender que debe cambiar de género de vida, el dinero que recibirá usted de mi parte le

servirá para abrir un taller, ingresando en el número de los hombres honrados; el arrepentimiento de las faltas de usted pueden aún conducirlo á una posición, en la que, el trabajo, el orden y la economía, le da derecho para esperar un porvenir mejor. Acaso encuentre usted una mujer que lo ame, y que, ligada con usted, sea partícipe de sus penas y de sus alegrías; y concentrando usted en ella todo su cariño, probará usted todas las delicias del hogar doméstico, viviendo en paz y en armonía con sus semejantes; siendo útil á la sociedad, por medio de la industria honesta, y filiándose en fin entre los ciudadanos que, componiendo una gran familia, tienen derecho á las ventajas y garantías que disfruta el hombre por la civilización, en cambio de los deberes que se le imponen y de los cuales nadie debe eximirse.

Usted no puede figurarse cuán grata es la vida del artesano honrado, porque mediante un trabajo, tal vez rudo, obtiene un pan que parte con su familia, al caer la tar-

de, en medio de la tranquilidad de su conciencia y del aprecio de los que lo rodean. Y si un niño, un hijo querido, vé la luz en ese rincón oscuro del artesano, y los primeros ruidos que llegan á sus débiles oídos son los golpes del taller; entonces aquel niño trae la alegría á la casa, es el encanto de sus padres, á quienes bien pronto les paga sus sacrificios con caricias, que son el mas grande de los tesoros, la mas dulce de las recompensas; allí, en ese lugar tranquilo, está la bendición de Dios; aquel hogar es respetado, porque allí habitan la probidad y el trabajo; aquel hogar es un santuario, porque allí practica el hombre el culto al trabajo y aquél hogar, en fin, es el asiento de la felicidad, porque no lo profanarán, ni la justicia con su aparato tenebroso, ni la difamación con su veneno, ni el crimen con sus amarguras; el trabajo es la mas eficaz de las solicitudes y todos los días hay ángeles que piden á Dios el pan de los trabajadores, y todos los días baja ese pan con las bendiciones del Eterno.

Estas bendiciones, santifican la casa, para que reine en ella la paz; y cuando usted haya saboreado esa paz, buscará, no lo dude, al Autor de tantos beneficios, para arrojarse ante Él, agradecido; entonces conocerá usted que hay un Dios Santo, grande y bueno, que ama y que bendice á sus criaturas; entonces lo buscará usted en todas partes, para enviarle su agradecimiento en su amor, y lo encontrará usted en el templo, cuando usted se postre á orar; y lo encontrará en todas las obras de la naturaleza, lo sentirá en todos los beneficios que reciba, en las caricias de sus hijos, en la tranquilidad de su sueño y hasta en el aire que respire.

Cuando llegue usted á ese estado, verá cómo se acercan á usted los demás hombres, llenos de confianza y de respeto, y le tenderán la mano con cariño y velarán á su cabecera cuando se enferme usted, y en cada uno podrá usted encontrar todos los días, las demostraciones gratas de la amistad, que son un premio tan querido para

quien sabe conquistarlo. Anímese usted, amigo mío; anímese usted á seguir el camino que le estoy trazando, y muy pronto tendrá ocasión de conocer cuanto valen mis consejos, que algún día me agradecerá sinceramente.

El bandido había oído con recogimiento las palabras de don Santiago, y guardó silencio.

Don Santiago continuó:

—Vamos, aún es tiempo; caminaremos toda la noche y mañana no podrán ya alcanzarnos sus compañeros: un momento de resolución lo pondrá á usted en buen camino, yo lo protegeré á usted contra cualquier persecución, y contando con su voluntad y su resolución de ser un hombre honrado, responderé en todas ocasiones por usted: seré su amigo, y tendrá usted en mí un amparo, como lo tendrá usted en lo sucesivo en todos los hombres honrados; porque los hombres honrados, somos una sola familia, que tenemos á nuestro favor á la ley y á la justicia; de nuestra parte están los derechos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925

y las garantías, la estimación y el respeto, la prosperidad y los bienes; sea usted de los nuestros, y tendrá un amigo en cada hombre honrado, un compañero en cada hombre, un apoyo en la ley, una garantía en la justicia, y el derecho á levantar la frente limpia ante el mundo: vámonos, amigo, vámonos, no más vacilaciones, Dios le habla á usted por mi boca y tal vez será la única ocasión que se le presente para salir de una vida en la que no tiene usted más porvenir que la muerte afrentosa, y la indignación y el desprecio público por cosecha de sus malas acciones. Todavía puede usted ser rico y aspirar á todas las comodidades y á todos los placeres: vámonos, vámonos, y piense usted que al hacer una buena obra, comienza su reparación con la regeneración de su individuo: vámonos.

El bandido se había puesto de pié instintivamente y estaba en realidad fascinado con las palabras de D. Santiago.

—Vámonos, repitió D. Santiago, ya está usted decidido, aprovecharemos el último

momento de luz para salvar el monte, vámonos.

—Amigo, dijo el bandido poniéndole á don Santiago la mano en el hombro; también dice usted bien, y sólo porque usted sabe decir unas cosas que.... oiga.... le llegan á uno al alma; pues después de todo está usted bueno para padre.

—Vámonos, y seguiremos hablando por el camino.

—Pero oiga; usted tiene razón y todo; pero la verdad, el *Pájaro* no me perdonará la jugada, y el *Pájaro* es malo, amigo, yo sé lo que le digo.

—Yo le aseguro á usted que nada le hará; vámonos.

—Yo, la verdad, he pensado también en todo lo que usted me dice ahora; pero ¿qué quiere usted? yo soy así. Es cierto que es bueno no tener enemigos; pero ¿qué he de hacer? luego lo persiguen á uno sin motivo, y no más lo andan molestando, y por eso es mejor andar por el campo, que al fin con un buen caballo, pues ¡cuándo lo cojen á uno!

—Es cierto; pero de hoy en adelante ya verá usted como es mejor descansar de esa vida.

A cada palabra que pronunciaba D. Santiago avanzaba de una manera insensible hacia la embocadura de la cueva; de manera que estas últimas palabras las dijo don Santiago ya casi al aire libre.

—Con que, ¿cómo decía que habíamos de hacer?

—Es muy sencillo, nos ponemos en camino, llegamos al pueblo, y usted irá acompañándome.

—Y no me agarrarán?

—No habrá quien conozca á usted, ni quien lo denuncie, tanto más, cuanto que yo diré que es usted mi criado.

—Bueno, pues allá se la haya, porque si me hacen algo....

—Ya verá usted como nada le sucede.

—¡Adios! ¿y usted va á pié? ¿pues cuándo llegamos?

—Yo andaré de prisa.

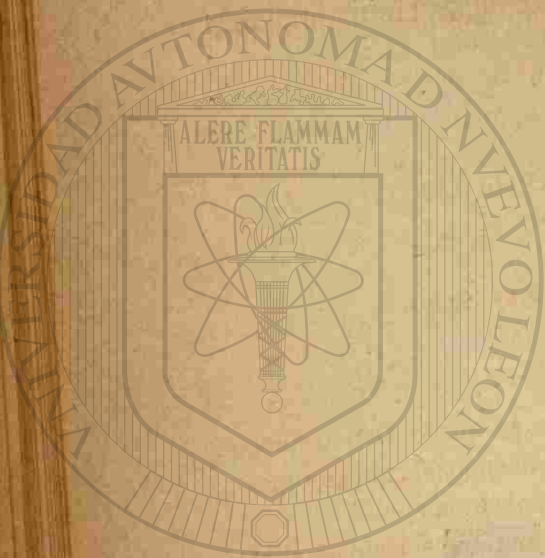
—Pero, cómo ha de andar como mi caballo?

—Ya lo verá usted, vámonos.

D. Santiago iba resueltamente á romper la marcha, creyendo que había llegado al momento de los hechos; pero el bandido lo detuvo bruscamente, y exclamó con un tono que desconcertó completamente á don Santiago:

—¡Espérese!





CAPÍTULO IV.

LA CATÁSTROFE.

ASTÁTICO se quedó Don Santiago comprendiendo el cambio operado en su guardian.

—Mire, amigo, continuó el bandido al cabo de un rato, siempre haremos una cosa.

—¿Qué cosa?

—Ponga la carta que ha estado queriendo el *Pájaro* que ponga, que hasta papel le traje, y la llevo á la casa de usted, y usted, palabra de hombre, aquí me espera.

—Eso sería una torpeza que no daría más

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

resultado que agravar mi situación inútilmente.

—¿Por qué?

—Porque como ya saben en el pueblo lo que pasa, es seguro que estarán pendientes del primero que se presente, y de este modo no le aseguro que no lo atrapen.

—También tiene usted razón.

—Mientras que si nos presentamos juntos y yo soy el primero que aboga por usted, nada pueden hacerle.

—Cabal..... pero yo siempre recelo; la verdad, no sé lo que el *Pájaro* habría pensado para arreglar este negocio; porque lo que es yo, como nunca he hecho de esto, no sé cómo se *comandan* estas cosas.

—Yo sé lo que digo, vámonos y todo saldrá bien, yo respondo.

—También dice usted bien, amigo, vámonos.

Y diciendo esto el bandido salió de la cueva y desató el ronzal de su caballo que estaba á unos cuantos pasos de allí, montó y dijo á D. Santiago:

—¡Sígame!

D. Santiago obedeció, guardando silencio, porque le parecía que una palabra podría aventurar el éxito.

Como recordarán nuestros lectores, esta escena pasaba á la sazón en que Gómez y el Pájaro asaltaban el convoy después de un formidable aguacero que había detenido por algún tiempo la marcha de los pasajeros.

En el lugar en que D. Santiago se encontraba, que estaba á algunas leguas del camino de la Hacienda grande, habría podido disfrutarse de una hermosa tarde, aunque á lo lejos se hubiesen percibido los negros nubarrones que se desgajaron sobre los viajeros.

Mientras don Santiago y el bandido abandonaban la cueva, el sol se hundía tras los montes: en ese momento se pudo oír un trueno lejano.

—Nos vamos á mojar, amigo; y lo que es usted me parece que no aguanta.

—Voy bien, decía don Santiago, procurando disimular la fatiga.

Un segundo trueno rimbombó en las alturas.

— Siempre lo echaré en ancas, dijo el bandido, mi caballo no sabe; pero con que se tenga recio.....

— Está bueno, subiré para que así vayamos mas de prisa.

El bandido paró su caballo y sacó el pie izquierdo del estribo para que se sirviera de él don Santiago, quien bien pronto estuvo montado.

El caballo del bandido sintiendo un nuevo peso sobre sí, al que no estaba acostumbrado, dió una salida en la que ambos ginetes estuvieron próximos á medir el suelo.

El caballo no cesó de corcobear, sino para emprender una carrera que por momentos se iba haciendo mas violenta: la obscuridad iba creciendo, y el caballo, soportando el peso de los dos ginetes, descendía velozmente por una cuesta pedregosa.

Sus movimientos irregulares á causa de la fragosidad del terreno, la velocidad de la carrera y el desusado peso que soportaba

el animal, causaba en el extenuado don Santiago el efecto de un vértigo espantoso.

Pasaban junto á él, con una precipitación amenazante, los árboles y las malezas, y á sus piés se abría, como un abismo de sombras, la parte mas baja de los valles, hacia los cuales iba descendiendo.

Soplaba el aire precursor del chubasco que había ya empapado á los viajeros, y en los oídos de don Santiago, producía este aire un chirrido gutural y prolongado.

Las nubes en tanto se amontonaban sobre su cabeza y las tinieblas iban siendo mas densas á cada instante.

El caballo había corrido ya lo suficiente para sentirse fatigado, y el bandido comenzó á sofrenarlo en los momentos en que una descarga eléctrica produjo en aquellos campos oscuros un lampo azuloso y una detonación formidable.

Don Santiago y el bandido arrojaron un grito, el caballo *se barrió* con ímpetu desesperado y al volver á asentar las manos en tierra, desaparecieron caballo y ginetes,

como si se hubieran hundido en un abismo. Un rumor parecido al que producen las piedras que se despeñan, se oyó en seguida; rumor que fué haciéndose poco á poco menos sensible, hasta perderse.

Volvió á reinar el silencio, interrumpido solamente por intervalos, cuando las nubes lejanas enviaban los ecos de sus descargas eléctricas, difundiéndolos por toda la zona tempestuosa.

El cielo estaba ya entoldado y no brillaba ninguna estrella; las nubes se habían fundido lentamente, formando una capa uniforme y no se había producido allí más que un solo choque que determinara el rayo: después la calma de la naturaleza fué soporosa, pero amenazante.

El lugar en que había desaparecido el caballo, era una de las últimas lomas que unían el monte con los valles; pero el costado izquierdo de esa loma era inaccesible y descendía hasta el borde de una barranca, que era una grieta perpendicular y profunda.

Don Santiago sintió un espantoso sacudimiento, vió una luz intensa, perdió instantáneamente la idea de su pesantez y su gravedad, sintió como si el mundo girase rápidamente á su derredor, y todo esto pasó en un solo instante, en el instante de la detonación.

Don Santiago se había desprendido de la cabalgadura, y cayó de espaldas en tierra y rodó.....

El bandido al sentir la brusca salida de su caballo, se apretó en la silla, se agachó y creyó que azuzando al caballo para que se despidiese con fuerza, salvaría, en dirección oportuna, lo que le faltaba de mal camino para entrar al llano.

Pero como el caballo en su primera salida, había cambiado completamente de dirección, inclinándose hacia la izquierda, bien pronto faltó el terreno á sus manos, y con el empuje del cuarto trasero, determinó una vuelta completa y su espantosa caída en la barranca.

El bandido se había agarrado con piés y

manos, formando un solo cuerpo con su caballo, que dió en el aire dos ó tres vueltas sobre la pendiente resbaladiza de la loma, que salvó en un instante; y tocando apenas el borde de la barranca, describió en el aire, y entre las sombras, una gran curva aquella masa informe, masa que apenas hubiera dejado comprender que se componía de un hombre y un caballo, masa que se estrelló contra las rocas que servían de cáuce á la barranca, sin que ni la vegetación, ni un árbol, ni un plano hubieran mitigado el horror de aquella caída espantosa.

Indescribible fué el chasquido que produjo el caballo al caer sobre las peñas; la sangre del hombre y del caballo rompió súbitamente todos los vasos, y se desprendió en menuda lluvia, que fué á mojar las tranquilas hojas de las higuierillas, sorprendidas en su reposo y su sueño, con aquel bautismo estupendo.

La masa de carne y huesos se agitó aún, como si los nervios hicieran su último esfuerzo, para arrojar de sí la vitalidad; pero

no hubo queja, ni ayes, ni estertores: la vida había tenido mil salidas francas, y sólo el calórico y los gases circulaban aún en aquella destrucción, como los últimos huéspedes de la materia.

Era la hora del silencio; parecía aquél el limbo de la vida; ni áuras nocturnas que agitaran las hojas, ni habitantes ocultos que presenciaran la catástrofe, ni penumbras que dibujaran algunos detalles de las rocas, nada; aquella gruta era la morada del silencio y de la muerte ¿era una inmensa tumba?

No; no hay tumbas: la vida está en todas partes.

Observemos.

Algún tiempo después de la caída y en medio del mas pavoroso silencio, hubiera podido oírse un gotear compasado.... Eran gotas de sangre caliente que se desprendían de aquellos restos y caían de lo alto de una peña, sobre un pequeño charco.

Otras veces se oía la salida del aire que alentó aquellos seres, y que producía ahora al escaparse una cosa parecida á un ay.

Los pequeños habitantes de la tierra fueron los primeros en dar fé de aquel cataclismo: algunos insectos de esos que merodean por la noche, habían ocurrido de dos varas en contorno á reconocer aquel despojo.

Otros saboreaban ya, en providencial banquete, la sangre fresca, en cuyos glóbulos encontraban opipara provisión.

Un hilo de agua serpeaba en tanto en la parte mas baja del fondo; y se teñía de rojo para llevar mas lejos aquella sangre muerta que iba á dar vida á plantas y á animales.

Sobre un varejón se había posado una ave parda que, con cintilantes ojos, contemplaba la carne tibia del banquete, cuyo aspecto debió inspirarle una extraña alegría, porque lanzó al viento un chirrido.... después otro que fué á lo lejos contestado.

A poco rato, acudía al reclamo otra ave, que cantó sobre el borde de la barranca y después descendió hasta el varejón de su compañera.

Arrastrándose sobre las rocas serpeaba y se erguía una víbora negra, que levantaba la cabeza y blandía una lengua sutil; mientras algunos murciélagos, revoloteaban sobre los muertos, agitando sus alas membranosas, con desusado afán, y dejando oír de vez en cuando ese terrible beso nocturno, que no es otra cosa que su idioma, su chirrido habitual.

Pero las aves no osaban descender del varejón y clavaban su vista anşiosas en la masa informe.

Era que un lobo acababa de tomar posesión de aquel botín; y desde lejos había ido avanzando con precaución y con tiento, por temor de que allí pudiera haber vida todavía.

Dilatábanse sus narices, y más de una vez había humedecido, con áspera y blanda lengua, el borde de sus labios, como para calmar la excitación del hambre, ó para probar anticipadamente el aire impregnado de sangre.

Ya muy próximo al lugar de la muerte,

sentó el cuarto trasero y esperó, después se tendió á lo largo para acercar, sin exponerse, las narices; tocó con ellas una piedra y la lamió.

Irguióse luego y se acercó con más confianza, olfateó, siempre dispuesto á retirarse, holló con su garra una parte blanda que se hundió con el peso, lamió y buscó carne entre aquella confusión de ropa y cueros.... Por fin, hincó los dientes.

El hilo de agua había crecido en volúmen. Otro huésped de la barranca, otro lobo había llegado ya.

Oyéronse algunos gruñiditos, que bien pudieron haber sido señales de afabilidad y de regocijo.

Era la loba.

Debieron cruzarse allí no sabemos cuantas corteses invitaciones y cumplimientos, antes del festín.

El hilo de agua seguía creciendo con un refuerzo de agua turbia, y los lobos movieron hacia adelante las orejas, levantando la cabeza, como para recoger en el oído, un

ruído lejano; y como si hubieran recibido un aviso cierto, tiraron á duo una formidable dentellada y por un momento sólo se oyó el ruído de mandíbulas y el chascar de huesos.

El hilo de agua tomaba las proporciones de un chorro y ya hacía rodar algunas piedrecitas, cuyo chasquido iba aumentando el rumor lejano.

Otra vez pusiéronse en observación los lobos y trasmitiéndose alguna importante observación, abandonaron simultáneamente el festín y se pusieron en camino en la dirección de la corriente.

Buscaban una vereda que les permitiera el acceso á la altura, y cuando hubieron subido cierta distancia, se pararon como para ver si aún sería tiempo de retroceder.

Pero ya en el fondo de la barranca serpeaba un arroyo con cierta precipitación, y un rumor parecido al del viento que avanza, se percibía á lo lejos.

Los lobos huyeron, y no bien hubieron desaparecido, una masa colosal, una avalan-

cha formidable, venía devorando el espacio y allanando la barranca. Piedras enormes rodaban al empuje del torrente y quedaban medio inclinadas sobre las inmóviles, soportando aquel mundo de agua que pasaba sobre ellas.

Bastaron unos cuantos momentos para que la corriente llenara todo el vacío de la barranca, y bastó otro instante para que inmensas olas, como montañas movedizas, proyectaran en medio de la obscuridad, una serie de curvas vertiginosas, que se sucedían unas á otras, como si una serpiente gigantesca, se viniera arrastrando con furia infernal sobre las montañas.

Un ruido formidable, el ruido de la destrucción, llenaba el espacio; y como si las nubes hubieran estado esperando solo aquel momento, se deshicieron en torrentes de lluvia, aumentando el estrépito que cundía por todas partes, y parecía que aquel diluvio había de ser el destino final de aquellas comarcas solitarias.



CAPÍTULO V.

DE LO QUE PASÓ DESPUÉS DEL CAREO.



pocos momentos de haber salido Gómez de la habitación en que se verificó el careo, las autoridades se vieron unas á otras y comenzaron á participarse sus escrúpulos y sus temores.

Don Nestor fué el primero en tomar la palabra y habló en estos términos:

—Yo no estoy conforme en este asunto, me parece que aquí hay gato encerrado, y á pesar de la fé del señor don Carlos en la

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Tom. 1625 BIBLIOTEC. N.º 117

cha formidable, venía devorando el espacio y allanando la barranca. Piedras enormes rodaban al empuje del torrente y quedaban medio inclinadas sobre las inmóviles, sosteniendo aquel mundo de agua que pasaba sobre ellas.

Bastaron unos cuantos momentos para que la corriente llenara todo el vacío de la barranca, y bastó otro instante para que inmensas olas, como montañas movedizas, proyectaran en medio de la obscuridad, una serie de curvas vertiginosas, que se sucedían unas á otras, como si una serpiente gigantesca, se viniera arrastrando con furia infernal sobre las montañas.

Un ruido formidable, el ruido de la destrucción, llenaba el espacio; y como si las nubes hubieran estado esperando solo aquel momento, se deshicieron en torrentes de lluvia, aumentando el estrépito que cundía por todas partes, y parecía que aquel diluvio había de ser el destino final de aquellas comarcas solitarias.



CAPÍTULO V.

DE LO QUE PASÓ DESPUÉS DEL CAREO.



pocos momentos de haber salido Gómez de la habitación en que se verificó el careo, las autoridades se vieron unas á otras y comenzaron á participarse sus escrúpulos y sus temores.

Don Nestor fué el primero en tomar la palabra y habló en estos términos:

—Yo no estoy conforme en este asunto, me parece que aquí hay gato encerrado, y á pesar de la fé del señor don Carlos en la

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Tom. 1625 BIBLIOTEC. N.º 117

honradez del tal Gómez, apostaría doble á sencillo á que el tal mayordomo puede haber sido bueno alguna vez; pero lo que es ahora me parece que es criminal.

—A mí me ha parecido lo mismo, dijo el yerno de don Nestor; pero como he visto el empeño del señor don Carlos en este asunto, me parece que es negocio de sobreseer sin más fundamento que las consideraciones personales.

—La justicia, repuso uno, no debe ceder á esas consideraciones.

—¡Cabal que no! dijo otro.

—Por mi parte, seguiría el proceso.

—Al menos, dijo el yerno de don Nestor, es necesario observar á Gómez.

—Yo lo tengo bien visto, dijo don Nestor, y nunca me he equivocado, tiene ese hombre mala cara.

—¿Pues qué les parece á ustedes que hagamos?

—La cosa es grave.

—Y luego, agregó otro bajando mucho la voz, que hay una circunstancia, de que

ní siquiera se ha hecho mención en la causa.

—¿Qué circunstancia?

—La de que la reo tiene una grande intimidad con la señora doña Refugio.

—La señora doña Refugio, agregó el yerno de don Nestor, es otra de las personas que no me inspiran mucha confianza.

—Es que, esa señora es una buena cristiana y tiene la mejor reputación del mundo.

—Por lo menos, dicen que ha hecho grandes donaciones piadosas y que, sin ir muy lejos, la capilla de la hacienda le debe muchos regalos de consideración.

—¡Ríase usted! ¡ríase usted!, interrumpió una de las autoridades, de las gentes «que son así», quiero decir, de las devotas; yo he conocido devotas malas como la piel de Judas, y no sería la primera santa á quien no me sorprendería ver metida en los mas malos negocios que puedan ustedes imaginarse.

—¿Saben ustedes quién conoce bastante á doña Refugio?

—¿Quién?

—Angulo, el varillero.

—Ese conoce á todo el mundo.

—Ya se ve, es hombre que ha recorrido toda la república con su cajón á las espaldas.

—Será bueno preguntarle á Angulo.

—¿Ahí está?

—Sí, lo acabo de ver en el patio, hablando con una de las criadas de la casa.

—Sería bueno llamarlo.

—Sí, sin duda aquí podemos verlo.

Y el que tal decía abrió una vidriera que daba vista al patio.

—Véanlo ustedes, continuó, está hablando nada menos que con Gómez; ¡eh! ¡qué tal! ¿no les parece á ustedes esto muy sospechoso?

—A mí, no: dijo don Nestor, no hay cosa mas natural que un varillero entable conversación con todo el mundo, supuesto que de ese trato continuo y de un charlar incesante, depende el buen resultado de su comercio.

—Yo creo que don Nestor tiene razón.

—Al menos, se puede juzgar desde aquí que lo que están tratando son asuntos de comercio; véanlo ustedes, ahora le está enseñando á Gómez unas mancuernas.

—Eso es.

—Y ahora le enseña unos lapiceros, ó cosa por ese estilo.

—¡Vaya! exclamó otro, son ustedes demasiado maliciosos, está comprando, acaba de dar dinero al varillero.

—Efectivamente, y Gómez se guardó algo en la bolsa.

—Ya se separaron.

—Bueno.

—¿Y la presa dónde está?

—En la pieza inmediata.

—Opino, dijo don Nestor, que sería conveniente, por sí ó por nó, no permitir por ahora que Gómez y Salomé se comuniquen.

—Sí; en todo caso es una precaución que no está de más.

—¡Angulo! gritó uno de los concurrentes.

Angulo volvió la cara hacia el punto de

donde había salido la voz, y avanzó en seguida.

—¿Alguna cosita de mercería, niños? unas tijeras, un cortaplumas muy fino con cuatro hojas y limpia-uñas, unas mancuernillas para camisa, un juego de botones, plumas de acero, cigarreras muy elegantes.

—No, no; nada por ahora.

—Una botella de agua florida legítima, un par de aretes para la señorita.

—¡No! repitió D. Nestor, es otra cosa lo que necesitamos de usted.

Angulo se quedó pensando y finjía entretanto que arreglaba sus baratijas.

—Necesitamos tener con usted un rato de conversación.

—Estoy para que sus mercedes me manden.

¿Usted conoce á doña Refugio, le preguntó D. Nestor.

¿Qué doña Refugio? ¿la señora de acá...?

—La misma; ¿sabe usted su historia?

—Sí, señor, contestó Angulo, hace muchos años que la conozco.

—¿Es casada? preguntó uno.

—Vea usted, dijo Angulo, en cuanto á que si es casada por la Iglesia, puede ser, pero....

—Lo que usted sepa.

—Pues esta señora doña Refugio, continuó Angulo apoyando su varilla en la esquina de una mesa, es una persona muy recomendable, al menos figura muy en primer término entre las personas de importancia, pero....

—Vamos á ver ese pero.

—No: yo no he dicho nada: y aunque todo lo sé, en nada quiero que perjudique á la señora; que al fin á mí nada me ha hecho y no debo....

—Todo ello no es más que una simple curiosidad: dijo el yerno de D. Nestor.

—Y aunque nosotros somos autoridades, agregó éste, no por eso tiene esta conversación el carácter de un interrogatorio.

—Está bueno, dijo Angulo, yo..... lo que diga, será porque ustedes me lo preguntan.

—Precisamente, exclamó D. Nestor. Comience usted.

—Pues... dijo Angulo, desenganchando el tirante de su varilla; pues yo conozco á doña Refugio *dende* hace mucho tiempo, y la verdad, era bonita como una rosa; le decían la niña Refugito, era muy buena y la querían todos mucho y tenía muchos novios; pues... muchos señores querían casarse con ella, pero la señora doña Refugio, fué desde jovencita, muy orgullosa y no quiso á ninguno y todos salieron corridos de la casa; y yendo días y viniendo días, yo... la verdad me encapriché por una doña Juanita, que cosía en la casa, y una noche.... pero no.... la verdad es que yo no debo decir cosas que deben estar en secreto.

—¡Secreto! exclamó D. Nestor, si del cielo á la tierra no hay nada oculto.

—También tiene usted razón, y al fin que si doña Refugio me supiera á mí algo, no me había de guardar el secreto. Pues como iba diciendo, una noche me dice Juana.—Mira, Angulo; en descargo de mi concien-

cia, debo decirte que el señor que viene todos los días, no sé cómo anda con la niña Refugito, yo no sé qué les veo—¡Anda! le contesté á Juana, ¿cómo quieres que anden, si ya sabes que la niña es incapaz de querer á nadie?—Incapaz ó no, me dijo, ellos platican muy quedito y.... yo sé lo que te digo, Angulo, andan mal.—Pues lo mejor será que observes, le dije; porque nunca es bueno hacerse malos juicios. Así fué, que Juana se puso á observar, y como saben ustedes, una sirvienta que observa es la mejor policía que se conoce, Juana no tardó mucho tiempo en corroborar sus sospechas.

A poco tiempo, me dijo un día la niña Refugito:—Oye, Angulo, te voy á hacer una pregunta.—¿Qué pregunta? le dije.—¿Desde cuándo no te confiesas?—Pues.... le dije, pues la verdad niña, hace mucho tiempo.—Pues eso está malo, me dijo la niña, no tienes la vida comprada, y el día menos pensado, te da un ataque y te coje la muerte en pecado mortal.—Dios ha de querer que no, señorita le dije... además, yo

no peco mortalmente.—La niña se echó á reír y en seguida me predicó un sermón como de dos horas, y entre las cosas que me dijo, fué lo de Juana y que si tomaba aquella providencia, era por mi bien y porque todo lo sabía y que si yo no me quería confesar, que no entraría yo á la casa, y me quitarían el cuarto que me daban, y que iba á tener que sentir; y yo, la verdad, por quitarme de quebraderos de cabeza, me fuí á confesar.

La misma niña Refugio me dijo el padre con quien me había de confesar, y yo le ofrecí obedecerla.

A la mañana siguiente me fuí á ver al padre, que me confesó muy bien y me absolvió y me mandó que lo volviera á ver al día siguiente.

—Oye, hijo mío, me dijo el padrecito, tú sabes lo que vale la honra de las familias, tú sabes que vale más la honra que la vida, y siempre que podamos salvar á uno de nuestros semejantes la honra ó la vida, debe uno comprometerse á salvarlo, y según

lo aconseja y lo practica la caridad cristiana, y quién sabe que otras cosas me dijo que lo exigía.

Todo esto que me decía el padrecito, tenía su explicacion, que al principio no comprendía, pero mas tarde estuve al tanto de cuanto quise saber.

Seguí visitando al padre, hasta que un día volvió á decirme.—Ya sabes, Angulo, lo que vale la honra de una familia, y el deber en que estamos los católicos de ayudarnos en los asuntos en que se trata del honor.

—Sí, padrecito, le contesté.

—Pues bien, ha llegado la hora de prestar nuestros servicios, y tanto tú como yo, vamos á ayudar á una criatura desgraciada á guardar esa joya preciosa del honor.

—Sí, padrecito, le dije: yo haré lo que usted me mande, pero yo no sé hasta ahora de lo que se trata.

—Pues bajo el mas riguroso secreto, vas á obrar según mis instrucciones; serás sordo y mudo y harás al pié de la letra cuanto te mande, debiendo estar seguro de que cuanto

hagas, te lo recibirá Dios en descuento de tus pecados, porque vas á hacer una buena obra.

—Estoy dispuesto á hacerlo, padrecito.

—Pues espera mis órdenes, que ya llegará la ocasión de aprovechar tus deseos cristianos. Esperé como me dijo el padre.... ¡ah! se me olvidaba.—¿Ves este cintillo? me dijo—y me enseñó uno que tenía en el dedo; era de piedras finas, creí que me lo iba á regalar; pero no fué así, sino que me dijo.

—El día que te se presente una persona y te enseñe este anillo, sea la hora que fuere, de día ó de noche, harás lo que te mande, la obedecerás sin replicar, y te portarás en todo con el mayor sigilo y reserva.

Pasaron ocho días, y una noche me dijo un señor á quien no conozco—¿Usted es Angulo?—yo soy, le contesté, y me enseñó el cintillo.—Sígame usted, me dijo: y yo lo seguí.—Anduvimos muchas calles, todo estaba solo porque eran como las once.—Toque usted ahí, me dijo, señalándome una puerta.—Toqué, no contestaron.—Vuelva

usted á tocar,—volví á tocar, por fin contestaron, se acercó el desconocido, se abrió la puerta, salió un cochero, después se cerró la puerta y el desconocido me dijo; de aquí ha de salir un coche, monta usted en él y va á tal calie (me dijo el nombre) y entrega usted este papel al médico (me dió una carta) lo espera usted, el médico ha de bajar, subirá al coche y usted al pescante: usted va para cuidar al médico, llegarán á un lugar á donde bajará el médico; espera usted aún y desde ese momento no hará usted más que lo que el médico le ordene.

—Está bien, dije yo, vamos á ver en qué para todo esto: el desconocido se fué y yo me quedé esperando el coche como media hora: se abrió la cochera, salió el coche y yo entré en él: el cochero me llevó á la casa del médico, bajé, toqué, dí la carta y esperé mucho tiempo: bajó el médico, subió al coche, y yo al pescante, anduvimos, y cerca de una acequia se paró el coche; le abrí al médico y éste salió envuelto en su capa

hasta los ojos, habló en secreto al cochero y desapareció.

Entonces el cochero me dijo:

—Dice el patrón que le deje á usted en donde usted me diga.

—Entonces aquí me quedo, le contesté.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

El coche se fué y yo me quedé allí para ver qué columbraba. El médico tocó muy quedo en una puertecita y le abrieron; después nada se vió, y yo me quedé pensando si aquella sería la buena obra que tanto me había recomendado el padrecito; y yo decía, todo esto que yo he hecho, bien puede ser una obra muy buena; pero yo no la entiendo, ni me puedo figurar qué de común tendrá el del anillo con el cochero, ni éste con el médico, ni yo con los tres: de todos modos, es una manera muy rara de hacer buenas obras, que por lo visto tienen todas las trazas de malas, al menos por lo misteriosas.

Me esperé inútilmente por mucho tiem-

po, y al fin me decidí á volverme á la casa; pero la hora era inoportuna, temí llamar la atención tocando tan tarde, y me decidí á pasar la noche en la casa de un padre.

Al día siguiente entré á la casa, y como no pude resistir á la comezón de averiguar lo que pasaba, le conté á Juana lo que me había pasado, y entonces Juana me dijo:

—Algo está sucediendo que yo tampoco entiendo.

—¿Por qué?

—Porque la niña Refugio se ha ido.

—¿A dónde?

—Eso es lo que yo no sé; la cocinera dice que á Pachuca, y el amo que á Puebla, y la cocinera, que es tan maliciosa, dice que no se ha ido á ninguna parte.

—¿Pero no está en la casa?

—Dicen que no está, pero yo no la he visto salir.

—Juana y yo estuvimos hablando de estas cosas mucho tiempo, sin poder averiguar lo que pasaba.

—¿Pero al fin lo averiguó usted? preguntó impaciente don Nestor.

—Sí, señor; contestó Angulo, yo no sé si habré dado en ello; pero el cochero que me llevó la roche de los misterios, fué después amigo mío, y platicando un día de lo que había pasado, me dijo: que á la noche siguiente á aquélla en que nos habíamos conocido, había llevado al médico, primero á la casa donde lo había dejado la víspera y después á una casa de la calle de la Merced.

—¿Y qué fueron á hacer allí? preguntó D. Nestor.

—Pues yo no sé, dijo Angulo rascándose detrás de la oreja, pero en esa casa hay un torno, y en ese torno se suelen poner niños.

—¡La casa de la cuna! exclamaron casi en coro todas las autoridades.

—Yo creo que sí, dijo Angulo.

—Con que.....

—¡Con que la casa de la cuna!

—Eso dicen.

—¿Y la niña Refugio?

—Volvió muy desmejorada del tempera-

mento, y todos decían que era por el agua.

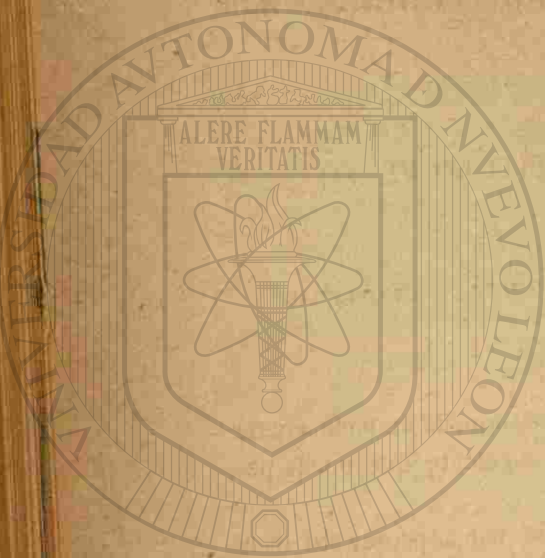
Las autoridades se vieron unas á otras y dijeron:

—Parece increíble.

—Yo nada aseguro, dijo Angulo, yo digo lo que ví, sin que eso quiera decir que le quito el crédito á la señora doña Refugio.

La noticia de que el almuerzo estaba servido, disolvió aquel grupo; y Angulo, volviendo á enganchar la correa de su varilla, se despidió de las autoridades con la mayor naturalidad, y tomó la puerta.





CAPÍTULO VI.

HISTORIA DE UNAS TORTOLITAS

El almuerzo aquella mañana, era de los mas suculento que puede pedirse.

Doña Refugio se había propuesto lucir su habilidad culinaria, preparando un platillo de tortolitas.

—Vamos á ver esas tortolitas, decía Castaños, van ustedes á chuparse los dedos, porque la cocinera es persona que lo entiende.

—¿Quién es la cocinera? preguntó uno.

—Eso no se puede decir hasta que se pruebe el platillo; porque las cocineras deben ser como los autores dramáticos; no se debe saber quién es el autor de una comedia nueva, sino después de que ésta haya sido aplaudida.

¡Bueno! ¡bueno! ese es un sistema magnífico; por mi parte ofrezco no preguntar por el autor, sino después de haber devorado la tercera tórtola, dijo uno de los convidados.

—Tienen esas tortolitas otro mérito, dijo Chona.

—¿Cuál?

—Que son todas víctimas de cierto cazador.

—¡Ah! ya sé, dijo una polla, del señor Castaños.

—No: de Santibañez, dijo otra.

—Nada de eso, dijo Castaños, yo no soy cazador sólo por no levantarme temprano; además, nunca he podido comprender los placeres de esa pasión salvaje, de ese asesinato por placer.

—¡Asesinato! dijo Salvador; bajo ese punto de vista ¿qué sér de la creación no es asesino? en el orden de la naturaleza está prescrito que los seres mayores, se alimenten de los pequeños: ¿cómo podría subsistir el reino animal sin asesinatos?

—Hé aquí la más elocuente defensa de la pena de muerte.

—De la muerte necesaria, sí; insistió Salvador.

—Pues bien, dijo una señora ¿quién es ese astuto cazador que ha podido matar tantas tórtolas que basten para la mesa? porque supongo que nadie se quedará sin su tórtola.

—Sí, señora; dijo Salvador, alcanzarán para todos, porque son sesenta y cuatro.

—¡Sesenta y cuatro! eso es prodigioso.

—¡Pobres tortolitas! dijo una polla, ¡sesenta y cuatro!

—Eso les probará á ustedes, insistió Chona, que el cazador es diestro, y me atrevo á solicitar el honor de ser yo quien lo presente.

—Mejor será que lo adivinen, dijo Castaños; propongo que se le dé una tórtola más al que acierte, supuesto que una tórtola es en estos momentos el bocado mas exquisito que podemos pedir.

—Castaños propone eso, dijo Santibañez, porque ya sabe quién es el cazador.

—¡Ya adiviné! gritó una polla, supuesto que no es ni Castaños ni Santibañez....

—¿Quién será entonces? preguntó una señora.

—Quién ha de ser, el señor don Salvador.

—¡Cabal! ¡cabal! dijeron varias voces ¡es él! ¿es cierto que él es, Chona?

—Sí, señores; es Salvador.

—¡Qué puntería!

—¡Qué buena vista!

—¿Y en cuánto tiempo mató todos esos animales? preguntó Anita.

—En una mañana, dijo Chona.

—Habrà parvadas, objetó Castaños y podrán matarse hasta diez con un tiro.

—Precisamente, dijo Salvador picado, to-

do ello no es más que el resultado de algunos tiros.

—Yo ya sabía, dijo Anita, que el señor don Salvador era muy afecto á la caza.

—Hay más, dijo Carolina, yo sé que el señor D. Salvador, es el primero que se levanta; se va al campo todos los días.

Carlos entretanto hablaba con el padre González que comía á su derecha; y un observador hubiera podido notar, que á pesar de la conversación que Carlos sostenía con el padre, estaba más en lo que se decía entre los convidados, que en lo que el padre le platicara, porque incesantemente dirigía miradas furtivas, aunque con disimulo, para estudiar la fisonomía de las diversas personas que estaban tomando parte en el asunto de las tórtolas.

La conversación llegó al punto de que, entre todos los concurrentes reinaba el mas vehemente deseo de que llegara la hora de saborear las consabidas tortolitas.

Esta hora no se hizo esperar; y bien pronto apareció un criado trayendo el gran

platillo, que fué saludado con un aplauso.

Una vez generalizada la conversación entre los convidados, cada uno se creyó en el deber de decir algo acerca de las tórtolas: asunto que á pesar de la jovialidad que proporcionaba á los consumidores, ponía de más y más mal talante á Carlos.

—Todos han elogiado el platillo de las tortolitas, excepto el señor D. Carlos, observó Anita, quien como sabemos, siempre estaba dispuesta á hacer observaciones.

—Efectivamente, dijo el padre González, el señor D. Carlos ha permanecido callado, mientras que todos nos hemos deshecho en elogios, tanto acerca de la destreza del cazador, como de la habilidad de la cocinera.

—Es muy posible que el señor D. Carlos, dijo una señora grande, no sea afecto á la volatería: yo conozco personas á quienes no podría obligárseles por nada de esta vida á probar un alón de pollo ó una pechuga de codorniz.

—Efectivamente, soy de los menos afectos á las aves.

—¿Es posible? dijo doña Refugio, quien en la opinión de los concurrentes, estaba ya señalada como la cocinera incógnita. Eso debe tener una explicación.

—Indudablemente que la ha de tener, dijeron algunos.

—Si el señor D. Carlos tuviera la amabilidad de dárnosla..... exclamó doña Refugio.

—Con mucho gusto, dijo Carlos, cuyo malestar contrastaba visiblemente con la alegría de los demás.

—Siempre me ha parecido una iniquidad, continuó Carlos, un abuso de poder y un atentado infame, sacrificar á nuestro caprichoso apetito, esos inocentes habitantes del campo, á los que no les debemos sino arrullos y melodías.

No soy afecto á la caza, desde que.... muy joven aún, me impresioné fuertemente, con el relato de una de estas matanzas.

—¡A ver! ¡á ver! dijeron varias voces.

—Que cuente el señor D. Carlos esa historia, dijo doña Refugio.

—Como que el señor D. Carlos, agregó

otra señora, tiene gracia especial para contar esas cosas.

—¡Atención, y silencio con los cubiertos! dijo Castaños, que cada uno tome su tortola, y la guste, mientras el señor D. Carlos nos cuenta lo de la carnicería.

Reinó á poco el silencio, y ya completamente restablecido el orden, habló Carlos de este modo.

—Hace muchos años vivía un joven en una hacienda.... muy distante de aquí. Este joven hijo de un labrador rico, consagraba su tiempo durante el día, al perfeccionamiento de su educación; y aunque vivía en el campo, el género de sus ocupaciones no le había proporcionado el desarrollo físico que es el resultado de los ejercicios fuertes; por el contrario, el joven era nervioso y de constitución delicada.

Se hizo necesario aconsejarle un cambio higiénico, y precisado á optar por algún ejercicio, se decidió por la caza.

Bien pronto fué obsequiado por su padre, con costosas armas y con arneses de exqui-

sito gusto; y un día estuvo el joven hecho un cazador.

Eligió un criado, y salió una mañana muy temprano al campo para hacer su primera excursión....

Fernando, que así se llamaba el jóven....

—¡Fernando! ¡qué bonito nombre! interrumpió Chona.

—Fernando, continuó Carlos, que á la sazón estudiaba botánica, se había ocupado, apenas estuvo en el campo, de recoger algunas gramíneas, pensando en que Linneo ha dicho que las gramíneas componen la mitad del reino vegetal: examinaba con prolijo cuidado, si las pequeñas flores de aquel ejemplar, estaban colocadas en espiga ó flotaban en panículo, y si tenían ó no, conchas foliáceas, formando *glumes*, etcétera, cuando el criado le indicó en voz muy baja, que se detuviera.

Salió Fernando de su enagenamiento, para fijarse, siguiendo las señas del criado, en un conejo echado á corta distancia del cazador.

—Tírele usted, dijo el criado.

Pero Fernando permaneció inmóvil, contemplando al conejo, que muy ageno de estar frente á la muerte, se lavaba la cara, haciendo esa preciosa *toilette* de un rumiador que se calienta á la puerta de su madriguera.

Había en los movimientos de aquel animalito, todo ese sello de bienestar y de tranquilidad, que envidiamos los hombres tantas veces; y Fernando, mas apropósito para meditar que para hacerle daño á nadie, se contentó con observar á su propuesta víctima; lo cual en concepto del criado, no tenía mas explicación, sinó que el niño Fernando, para esto de cazar, era muy *diatiro*.

Varias veces se volvió á presentar la ocasión propicia para ejercitar la puntería; pero Fernando no sentía, á pesar de esto, ningún instinto sanguinario; en vista de la presa sentía todo, menos el deseo de herir; y aún se olvidaba de su arma.

No por eso fué el paseo de Fernando menos ameno, pues tuvo ocasión de reco-

gen algunos ejemplares de plantas que deseaba estudiar, y la naturaleza en lo general le proporcionó, más que la caza, ocasión para gozar á su manera.

Por supuesto que Fernando á su regreso á la casa, fué objeto de sangrientas burlas, que acabaron por fin de estimular su amor propio, y volvió á salir al campo con el ánimo firme de hacer presa á toda costa.

Entonces no pidió guía, y rehusó el acompañamiento! del criado y de cuantos le propusieron ser de la partida.

Vagó Fernando por los campos las dos primeras horas de la mañana, habiendo emprendido la tarea de trasponer un cerro que tenía delante.

Deseoso de encontrar un nuevo horizonte, caminaba sin detenerse, y así logró llegar hasta la parte mas elevada.

Era aquella una montaña desnuda en lo general de vegetación; pero extraordinariamente accidentada, cual si toda ella no fuera más que el resultado de un cataclismo. Se destacaban inusitadamente al paso de

Fernando, escarpadísimas rocas, que parecían haber caído de improvisto sobre una superficie; ya se abrían profundas grietas á sus piés, que ensanchándose á medida que avanzaban, se convertían mas lejos en verdaderas barrancas.

En uno de estos agrupamientos de grandes rocas, se levantaba una pequeña arboleda, al través de cuyo follage creyó Fernando distinguir las paredes de una casita.

—¡Una casa! en estas alturas! exclamó Fernando.

—Tenía razón de extrañarlo, exclamó doña Refugio sin poderse contener.

—Sí, señora; una casa, repitió Carlos y continuó.

Fernando se dirigió hacia aquella habitación.

Era efectivamente una casita primorosamente dispuesta.

Debajo de unos sauces frondosísimos, se despeñaba un grueso chorro de agua cristalina que se estrellaba á algunos metros mas abajo sobre unas rocas.



LA CASA DEL TIO MATEO

Se subía á la casita por una escalera abierta á pico en la montaña, y del terraplen en que estaba asentada la habitación, se elevaban, pasando por las ventanas, exhuberantes enredaderas cubiertas de flores.

Fernando subió los escalones lleno de confianza y de seguridad, y no poco sorprendido de que en aquellos lugares solitarios hubiera edificada una casita de tan risueña aparición. Acaso sea el principio de alguna ranchería, pensó; pero de todos modos, decía, no se percibe en todo el espacio que puede abarcar la vista, otra casa ni vestigio alguno de que aquí pueda haber más vecinos que los que han tenido la excentricidad de vivir en este desierto.

Hacia Fernando estas reflexiones, cuando le salió al encuentro un soberbio mastín, en cuya actitud se percibía claramente las señales de no estar muy de acuerdo con el huésped.

Ante aquel ataque, Fernando se acordó por la primera vez de su escopeta y se dispuso á defenderse, y quién sabe lo que hu-



biera pasado, si esta escena no la hubiera cortado.... ¿quién piensan ustedes que fué? preguntó Carlos paseando una mirada por todos sus oyentes.

—No acierto, dijo doña Refugio.

—Algún pastor, dijo Castaños.

—Un viejo.

—U otro perro.

—Nada de eso, siguió Carlos, detuvo al perro la muchacha mas encantadora que puedan ustedes imaginarse.

—¿Una muchacha?

—¡Una pastorcita! exclamaron algunos.

—Eso parece una novela.

—¿Con que una muchacha?

—Encantadora, continuó Carlos, una bella niña á quien le bastó estender una manecita blanca y torneada, para calmar por completo el furor de aquel fiel guardian.

—¡Buenos días! dijo Fernando, avanzando.

—¡Buenos días! contestó con la mayor naturalidad del mundo la joven y agregó, de buena se ha escapado usted, señor, este

perro es muy bravo; ¿buscaba usted á mi padre?

—Sí, precisamente; se apresuró á decir Fernando, mintiendo con todo el tino que el caso requería.

—Pues pase adelante, dijo la joven con una voz que.... á Fernando por lo menos le pareció angelical.

Fernando entró y se descubrió la cabeza.

—¿Viene usted cansado? le preguntó la joven.

—Algo; contestó Fernando, esta montaña es muy elevada.

—¡Ah! dijo la joven, ¿entonces vino usted por el lado de la hacienda?

—Sí.

—Del otro lado, es mas fácil la subida. ¿Y cómo supo usted donde vivimos mi padre y yo?

—Lo supe, contestó Fernando, que cada vez estaba mas enagenado por la hermosura de aquella joven, lo supe.... porque me lo dijo mi corazón, porque me atrajo la hermosura de usted, como....

COLECCIÓN DE NUEVO LIBRO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 DORTCHER, MEXICO

—Apuesto, á que le iba á decir que lo atrajo como el imán al acero, interrumpió Salvador.

—Precisamente, contestó Carlos.

—Era natural; un hombre, como tú nos has pintado á Fernando, que era casi un sabio, apesar de su tierna edad, no era remoto que le hablara á una cabrera del polo magnético.

—Supongamos que fuera una extravagancia, no por eso tiene esta historia menos interés, ni debemos dejarla pendiente.

—¿Le sirvo á usted café? preguntó á la sazón Santibañez á una señorita.

—¡Dios me libre! contestó ésta, soy muy nerviosa; tendría lo bastante para brincar ocho días.

—¡La azúcar! dijo una voz.

—¡Un poco de cognac!

—Silencio, y que siga la historia.

—Que tome su café el señor don Carlos; dijo doña Refugio, y de sobremesa continuará la historia.

—¡Estaba tan interesante! exclamó una señorita que había leído muchas novelas.

—Pero no es justo que el señor don Carlos deje de tomar café, ya que casi no ha comido.

Se levantó un rumor de aprobación, se generalizó la charla y el café fué amenizado en coro con los primeros comentarios acerca de la historia, que á nuestra vez dejamos pendiente hasta el capítulo que sigue.





CAPITULO VII.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LAS
TORTOLITAS.

APENAS hubo concluido el servicio del café, y se retiraron los criados, Carlos, volviendo á tomar el hilo de su historia, habló de esta manera.

Excuso decir á ustedes que Fernando se enamoró de María, que así se llamaba aquella deliciosa cabrera, quien tratando al joven como si lo conociera hacía mucho tiempo, dijo:

—Mi padre está muy aliviado y por eso salió; ya puede andar con muleta. Se fué con Leal.

Leal era un gran perro negro: era el único amigo del tío Mateo.

—¿Mateo era el padre de María? preguntó Chona.

—Sí, el padre de María.

Carlos después de un momento de reposo concentrado continuó:

El perro es el mejor amigo del hombre, el perro no conoce ni la perfidia ni la ingratitud.

Al decir esto Carlos, procuró no ver á Salvador.

—Los enfermos habituales, suelen tener un perro que se echa á sus piés, porque parece que el intuitismo de la misericordia se ha refugiado en los brutos. *Leal* era así, hubiera querido curar al tío Mateo: cuando éste se quejaba, el perro ponía blandamente el hocico sobre las rodillas del viejo y lo miraba. María se atrevía á agregar que había visto llorar al perro.

—Yo, continuó María con un candor que necesita cultivarse á algunos miles de piés sobre el nivel del mar, yo.... no he visto á nadie hace muchos días, ni conozco á los de allá abajo; ¿todos los que viven allá, son blancos como usted y con bigotes? Mi padre tiene los bigotes muy blancos; yo se los peino y le arreglo sus canitas y se las beso. ¿Usted tiene padre?

Fernando estaba tan turbado, como si hubiera estado galanteado por una princesa.

—Ya lo creo, interrumpió doña Refugio, nos está usted pintando una muchacha encantadora.

—Y lo era en efecto. Desearía yo ser poeta, para hablarles á ustedes muy largamente de aquella joven.

—¿Y por qué vivía aislada en la montaña? preguntó Castaños.

—Era un misterio: pero lo mas probable es, que el tío Mateo cuidaba de sustraer á su hija de las miradas extrañas, para conservar puro aquel tesoro.

Fernando se atrevió á hacer la misma

pregunta que acaba usted de hacerme, y la joven le contestó.

—Vivimos solos, solos; pero yo tengo muchos compañeritos amigos míos.

—¿Quiénes?

—Mis cantorritos; son catorce con los dos chicos de esta cría, y tienen todos los copetitos colorados.

—¿Los gorriones?

—Sí; vienen todas las mañanas, para que nos desayunemos, y les doy alpiste de mi cosecha, y me conocentanto mis amiguitos, que ¿creerá usted que comen en mi mano?

—¿Y qué otros amigos la acompañan á usted?

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué me habla usted así?

—¿Pues cómo debo hablar á usted?

—Sólo dos veces, me han hablado señores como usted, y me han dicho «¿qué haces María?» y yo creo que todos los señores ricos hablan así.

Fernando temía manchar con su aliento

aquella flor, que difundía el aroma de la pureza, Fernando sentía que el respeto le embargaba la voz, y le hubiera parecido infame, hasta decirle á María que la amaba; pero al fin dijo:

—¿Y desea usted ir á la hacienda?

—No, porque mi padre no puede bajar.

—No está usted triste?

—¿Por qué? preguntó María con un candor angelical.

—No, yo decía....

—No puedo estar triste, mi padre me hace reír y me cuenta unos cuentos.... lindos; él me enseñó á leer ¿ya lo ve usted tan viejecito? pues lee muy bien en todos los libros, y además me ha enseñado tantas cosas, que todos los días me obliga á hacer una nueva y estamos muy entretenidos.

—¿Y llevan mucho tiempo de vivir aquí?

—Creo que son tres años. Aquí se murió mi madre, y mi viejecito dice, que aquí se ha de morir; usted dirá, y yo por eso no le quiero decir que cuándo bajamos, porque dice, que cuando yo me vaya se muere.

—¿Y á dónde fué ahora? le preguntó Fernando.

—A ver sus árboles; hacía un año que no los veía; y me dijo—antes que caliente el sol, voy á ver cómo han crecido mis arbolitos, espérame—y lo estoy esperando.

Fernando creyó que debía apresurar su regreso; pero le ofreció á María que volvería á verla.

Se despidió estrechando la mano de aquella niña, y bajó la montaña preocupado de una manera increíble.

Este fué el primero y último amor de Fernando.

—¿El último? ¿se murió María? preguntó doña Refugio.

—No apresure usted el desenlace; repuso Chona; oigamos hasta el fin.

—Recuerden ustedes, observó Castaños, que se ha de tratar de una matanza.

—¡Ay! ¡qué horror! dijo Anita, si matarán á María.

—¿Quieren ustedes saber hoy hasta el fin de esta historia?

—Sí, sí, sí; dijeron muchas voces.

—Renuncio á describir á ustedes el estado moral en que se encontró Fernando: era poeta, tenía diez y siete años, y amaba por la primera vez.

María por su parte no comprendió lo que le pasaba; pero desde luego conoció que un cambio misterioso se había operado en ella.

—¡Padre! le dijo al tío Mateo saliendo á recibirlo á la puerta; mientras usted ha visto sus árboles, yo he visto otra cosa mejor que eso.

—¿Qué has visto?

—Adivínelo usted, y le doy un besito en la frente.

—¿Qué será? ¿qué será? murmuraba el tío Mateo, fingiendo más curiosidad de la que realmente sentía. ¿Vendrían algunas tortolitas de collar ó algún mirlo de esos que te gustan tanto?

—Todavía otra cosa mejor.

—Mucho mejor.... No es cosa del campo.

—¿Pues de dónde?

—De allá abajo.

—Alguna persona....

—¿Persona?... sí, ya se ve que sí, era una persona.

—A ver, cuéntame eso.

—Sí, pero cuando usted se haya sentado.

El tío Mateo se sentó en un viejo taburete con doble asiento de cojín de baqueta; puso los piés sobre una piel de venado, y sin quitarse el sombrero, apoyó las manos sobre su grueso bastón y esperó á que María se sentara á sus piés. El perro negro se echó á los piés del viejo y el amarillo no se echó hasta que María había acabado de sentarse cómodamente.

—Con que vamos á ver, quién era esa persona, dijo el tío Mateo con cierto aire, en el que se hubiera podido notar tras de una fingida jovialidad una grave desconfianza.

—Pues esa personita es un señor muy decente de la hacienda: según creo, venía con su escopeta buscando algún conejo, cuando se encontró con nuestra casita; y ya ve usted cómo á pesar de estar tan escondida, siempre hay quien la encuentre.

—Pero bien, ¿esa persona á quién buscaba?

—Me dijo que á mí.

—¿A tí? ¿te conocía?

—Puede ser: él me dijo que venía á buscarme.

—Alguno se lo dijo.

—Sí.

—¿Quién?

—¿Quién?... ¿quién? no me acuerdo bien lo que me dijo.... ¡ah! sí, que se lo había dicho su corazón.

Pasó como una nube por la tranquila frente del tío Mateo; guardó silencio y clavó la vista en tierra.

María también calló, y fijó la vista en su padre.

Al cabo de un rato dijo:

—¿Por qué se ha puesto usted triste? ¿es acaso malo eso que yo he hecho?

—Es que no me has dicho nada; simplemente que vino ese.... ¿es un joven?

—Tiene bigotes negritos, y sí, si es muy joven y tiene.... sí, tiene ojos de joven, me

pareció muy vergonzoso, aunque no me quitaba la vista, y me veía, me veía y ¿creerá usted que casi no me contestaba?

—Pero el *pastor*? preguntó el viejo.

Pastor se llamaba el perro amarillo.

—El *pastor* se portó muy bien, gruñó y todo, pero no le hizo nada; bien es que salí á tiempo, y cuando *pastor* vió que yo hablaba con el joven, movió la cola y se echó á mis piés cuidándome.

—Es necesario, dijo el tío Mateo con tono grave, que no veas más á las gentes de allá abajo, ya sabes que yo quiero que no veas á nadie.

—¿Y si viene otra vez?

—Si viene otra vez, yo le hablaré, le diré que he querido vivir solo contigo y que no debe venir á visitarte.

—¿Y si es de la hacienda?

—¿Qué?

—Se enojarán los amos de la hacienda.

—Yo arreglaré todo eso.

Llegó la noche, y el tío Mateo quiso personalmente cerrar las puertas, agregó

una tranca más á una de ellas, y desde bien temprano dejó fuera al *pastor*.

—¡Pobre *pastor*! dijo María, ¿qué, esta noche no cena? Siempre lo deja usted fuera, pero después de cenar es cuando empieza su guardia.

—Es cierto, dijo Mateo, pero ya le daremos su cena por la ventana.

María pensó que su padre tomaba aquellas precauciones con el temor de que alguno viniera á importunarlos durante el sueño.

—¿Por qué tendrá miedo mi padre? pensaba María, yo creo que á ese joven no se le puede tener miedo, ni mucho menos se debe creer que se atrevería á venir de noche, y luego por el lado de las peñas grandes, por donde hay tantas quiebras y tantos abrojos. Yo creo que es otra cosa lo que teme mi padre; ¿pero qué puede ser?

Se puso serio mi viejecito, porque le dije lo del joven; es necesario no disgustar á mi padre ¡me quiere tanto!

A pesar de aquellas precauciones, no

ocurrió ninguna novedad aquella noche. Pero María tuvo algo que le quitó el sueño, y algo que la hizo soñar cosas para ella enteramente nuevas.

—Perdone usted, señor don Carlos ¿sería posible que supiese usted esa historia con tantos detalles, que no ignore ni lo que soñó María? preguntó doña Refugio.

—Así es efectivamente, contestó Carlos.

—Es que esa historia, ha de ser la de algún amigo muy íntimo de mi marido.

—Ya estoy por creer que conocemos todos á Fernando.

—Sepamos lo que soñó María, dijo Chona.

—Recuerdo el sueño tal como lo contó María: en su boca era digno de oírse; en la mía perderá mucho el tinte de candor y de pureza que hacía de María la criatura mas hechicera que puede imaginarse.

Hé aquí cómo contó María su sueño. Cuando me quedé dormida, dijo, sentí como frío, porque me pareció que me hablaban, pero no desperté y seguía oyendo; era la voz del joven.... yo no sé lo que me

decía, pero era su voz, la misma voz; luego creí que me veían y ví en el aire unos ojos.... eran sus ojos.... Había puesto su escopeta hacia un lado, y ni el Leal, ni el Pastor le gruñían, sinó que le lamían los piés.

Nada más los ojos del joven estaban allí, pero no en el techo, sinó á los piés de mi virgencita, y yo veía las dos cosas juntas, á mi virgen y al joven como si estuviera abajo de la repisa de las flores.

Mi virgen tiene siempre flores en su repisa.

Muchas veces, me parecía que había luz y abría los ojos, pero no había nada y oía roncar á mi padre y todo estaba en silencio.

Cuando despertaba me ponía á pensar esto: ¿qué me falta? y me ponía á pensar en todas mis cosas, pero nada me faltaba; otras veces me asustaba creyendo que tal vez se me había olvidado cerrar una puerta de las jaulas de mis pájaros, y se había volado alguno; y me pareció que yo había hecho algo que era un olvido, una omisión que me desazonaba, tanto más, cuanto que

no podía acordarme de cuál había podido ser mi distracción. ¿Si habré ofendido á mi padre? ¡pobre viejecito mío! ¡me quiere tanto!... me pareció que se había puesto triste, pero en realidad, yo no le hecho nada.

Á tanto pensar en mi padre, me pareció notar que no dormía.... poco después tosió, quien sabe si lo despertarian como á mí aquellos ojos que se me habían aparecido.

Al otro día mi padre me besó mucho, mucho más que otros días, y me preguntó: «¿Me quieres?» y yo le hice muchas caricias y le ofrecí que le guisaría un pollito para su almuerzo.

Yo, por no disgustarlo, no le quise contar lo de los ojos; pero todas las noches los veía y todas las noches me parecía que el joven venía á visitarme.

Una mañana, una mañana la mas hermosa de la montaña, estaba yo esperando á mis gorriones y no venían; me pareció que también ellos me habían abandonado; pero en cambio ví dos tortolitas; estaban

juntas sobre la misma rama, dando la cara al sol, y acariciándose.

Pensé que las tórtolas son muy felices, y que también se aman.

Yo no sé por qué, pero me entristecí al verlas.

—Había no sé qué aviso misterioso en el corazón de María, agregó Carlos, con un acento cuya intención no era fácil comprender, creo que hay una comunicación secreta entre las almas y las aves, entre las flores y las vírgenes, qué sé yó; pero si bien lo pensamos, encontramos analogías que no pueden menos de ser testimonios de las armonías mas sabias.

María presentía alguna desgracia, la adivinaba, mientras las tortolitas se besaban entregándose á sus inocentes placeres, sin pensar que en medio de aquel bienestar, bañadas por un torrente de luz y de vida, estaban tal vez muy próximas á caer en el insondable abismo de la muerte.

De repente resonó en la montaña una inesperada y terrible detonación, y cayeron

UNIVERSIDAD DE BURGOS LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 BURGOS, ESPAÑA

á los piés de María las dos tortolitas, sacudiéndose con las terribles contorsiones de la muerte.

María arrojó un grito, y, al ver á sus piés á aquellas pobres palomitas ensangrentadas y convulsas, se cubrió el semblante de la niña de una palidez mortal.

Tomó á una de las heridas en sus manos, y la contempló de cerca.

Aún pudo sorprender el último destello de vida en unos ojitos que se empañaban; aún sintió el postrer enarcamiento que era como la expresión del dolor supremo; aún sintió María en sus torneados dedos las últimas gotas de sangre caliente; y no había acabado de morir la tórtola, y ya la niña, cuya palidez había aumentado, sentía que la luz se empañaba y que la abandonaban sus fuerzas.

Un momento después, el tío Mateo estaba de rodillas, inclinado sobre el rostro de su hija; le tomó una mano y la vió con sangre; levantó la cabeza de su hija.... estaba sin sentido.

Se percibía aún el olor de la pólvora, y en los oídos del viejo había todavía ese retintín que deja una detonación cercana, cuando aparecieron á cierta distancia dos bultos.

Pastor y Leal que ladraban furiosamente, se lanzaron sobre los extraños, y el tío Mateo, que empezaba á creer que su hija estaba muerta, no podía articular una palabra.

Iba á gritar, pero una contracción nerviosa de ciertos músculos, le produjo una desarticulación de las mandíbulas, y sólo se pintó en su semblante un expresión profunda de dolor.

Trabábase entretanto una lucha encarnizada con los perros: los dos extraños bregaban por defenderse de las rabiosas dentelladas de aquellos vigilantes fieles, hasta que sonó una nueva detonación y después otra, y en seguida los dolorosos aullidos de los perros heridos; aullidos profundamente lastimosos y que hubieran conmovido... *más que á uno* de los dos cazadores, á las mismas rocas....

Carlos recalcó mucho estas palabras.

Anita observó que la persona mas conmovida por aquella relación, era Salvador.

Debía no ser muy aventurado el juicio de Anita, porque Salvador, haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Sabes que está muy triste la historia que nos cuentas? estás entristeciendo á las señoras.

—No, no, al contrario; dijeron varios, que siga, que siga. Esto nos conmueve, pero nos hace gozar.

—Propongo una cosa, dijo Castaños.

—¿Cuál?

—Que sigamos tomando café en el jardín en donde acabaremos de oír la historia.

—¡Aprobado! ¡aprobado! dijeron varios levantándose de sus asientos.

—¡Al jardín! ¡al jardín!

Y todos siguieron el movimiento; los criados arreglaron el servicio, y algunos momentos después se había formado un compacto grupo en la gruta artificial que conocen ya nuestros lectores.



CAPÍTULO VIII.

LA HISTORIA DE FERNANDO IBA HACIENDO EFECTO EN SALVADOR.

ESPERABAN todos á Carlos en el jardín, guardando cierto silencio que indicaba que cada uno de los oyentes estaba á su vez preocupado con el relato de aquella historia.

Salvador y Chona no se habían sentado juntos.

Á Anita le habían crecido los ojos.

Castaños parecía impasible, pero su cabeza era una devanadera y sus ojos no le perdían movimiento á Salvador.

Anita observó que la persona mas conmovida por aquella relación, era Salvador.

Debía no ser muy aventurado el juicio de Anita, porque Salvador, haciendo un esfuerzo, dijo:

—¿Sabes que está muy triste la historia que nos cuentas? estás entristeciendo á las señoras.

—No, no, al contrario; dijeron varios, que siga, que siga. Esto nos conmueve, pero nos hace gozar.

—Propongo una cosa, dijo Castaños.

—¿Cuál?

—Que sigamos tomando café en el jardín en donde acabaremos de oír la historia.

—¡Aprobado! ¡aprobado! dijeron varios levantándose de sus asientos.

—¡Al jardín! ¡al jardín!

Y todos siguieron el movimiento; los criados arreglaron el servicio, y algunos momentos después se había formado un compacto grupo en la gruta artificial que conocen ya nuestros lectores.



CAPÍTULO VIII.

LA HISTORIA DE FERNANDO IBA HACIENDO EFECTO EN SALVADOR.

ESPERABAN todos á Carlos en el jardín, guardando cierto silencio que indicaba que cada uno de los oyentes estaba á su vez preocupado con el relato de aquella historia.

Salvador y Chona no se habían sentado juntos.

Á Anita le habían crecido los ojos.

Castaños parecía impasible, pero su cabeza era una devanadera y sus ojos no le perdían movimiento á Salvador.

Carolina empezaba á tener motivos para creer que Castaños disimulaba más de lo que era necesario.

Y hasta el padre González, tan llano como era, no dejaba en esta vez de notar que en todo aquello había algo misterioso.

Anita rabiaba por hablar, y no hubiera perdonado medio para conseguir que Castaños conociera sus impresiones; así es que al cabo de un largo rato de embarazoso silencio, dijo por fin á Castaños:

—Si no hablo reviento ¿qué opina usted?

—Que es muy raro, contestó Castaños, que Carlos se ponga á contar historias.

—Y las cuenta de un modo.....

—Aquí hay algo muy grave.

—Ojo al Cristo.

Todo este *paño* fué ejecutado con la mayor destreza, pues los apartes eran entre Castaños y Anita, lo que hacían los dos con más perfección, al grado que este causó calosfrío á Carolina, quien, olvidándose de la historia de las tortolitas, pensó que el tal

Castaños era un bribón que enamoraba á todas.

A propósito de los celos, diremos que no hay faz mas curiosa de la humanidad que la que presenta cuando se pone en juego esta pasión.

El día en que los celos pudieran entrar en cuentas consigo mismos, habrían de contarnos cosas para taparnos los oídos; pero las cosas están dispuestas en el mundo de manera que los celos han de ser siempre una de las caretas de la verdad, y han de existir, mientras la verdad le esté vedada al hombre.

Carolina preparó un *speech*, tragó saliva, se acercó á Castaños, y le dijo no sabemos cuántas barbaridades.

Castaños contestó.

—Estás tocando el violón, ya te diré, y siguió hablando con Anita.

—¡Ahí viene Carlos! dijo Chona.

Todos volvieron la cara.

Carlos se acercaba.

Tomó asiento en el centro del grupo, pu-

sieron en sus manos una taza de café, y continuó la historia:

—Los dos cazadores se acercaron, ya libres de los perros, al tío Mateo y á María.

El tío Mateo con las mandíbulas contráidas, sólo articulaba sonidos incomprensibles, pero con la ayuda de una mímica desgarradora, indicaba á aquellos intrusos, el estrago que habían ido á causar.

El que había disparado sobre las tortolitas, creyó de pronto que errando el tiro, sin saber cómo, había herido á María, mientras que Fernando, el que no había tirado sino á uno de los dos perros, había dejado su arma y se había inclinado poniendo una rodilla en tierra, para socorrer á María; pero no bien había ejecutado este movimiento, cuando el tío Mateo, dejándose llevar de la ira y la violencia, separó bruscamente de su hija á Fernando.

—Advierta usted, dijo el compañero de Fernando, que no hemos tenido intención de hacer mal á nadie.

En contestación el viejo lanzaba un soni-

do particular, que se hacía cada vez mas impotente á medida que los mismos esfuerzos que el tío Mateo hacía por hablar, le secaban más las fauces y le trastornaban más el sistema de los órganos de la voz.

Fernando y el otro cazador se vieron sin saber qué partido tomar, pero bien pronto se convencieron de que María estaba sólo desmayada, y de que el viejo no tenía otra cosa que una luxación de la mandíbula, debida á algún esfuerzo que había hecho el viejo por gritar; de manera que á poco rato, no tuvieron sino solicitudes y cuidados para aquellos dos enfermos.

María volvió en sí viendo los ojos de Fernando, y le pareció que soñaba.

De pronto pronunció algunas palabras incoherentes, y después se volvió hacia su padre:

—¿Por qué no me habla usted, padre? preguntó; ¿está usted malo? ¿está usted enojado conmigo.

El tío Mateo se contentó con acariciar á María, quien no tardó en notar en la ca-

ra de su padre aquella extraña contracción.

—¿Qué tiene usted? ¿qué es eso? ¡padre!
¡padre mío!

—No es nada, se apresuró á decir Fernando, eso se le va á quitar muy pronto.

Y Fernando puso con su pañuelo una venda al tío Mateo, mientras se procedía á encajar de nuevo las mandíbulas.

Su compañero se había retirado para buscar algún peón que fuera á la hacienda ó á un pueblo inmediato en busca de un médico ó de algún curandero que supiera ejecutar la operación que se necesitaba.

Fernando y María no necesitaban para hablarse más que ese brillo singular de la mirada de dos seres que, en la relación misteriosa de su idealismo, destellan en sus ojos frases que acaso comprenden solamente las almas que arden en amor.

El silencio de aquellos tres personajes era elocuente.

Fernando creyó que debía disculparse, porque temía aparecer como el autor inmediato de aquel suceso.

—Debía haber venido solo, dijo; pero mi amigo..... Fernando pronunció el nombre de su amigo.

—¿Cómo se llamaba? preguntó doña Rerugio.

—No debo decirlo; es un secreto.—Yo no he intentado jamás contra la vida de seres indefensos. Esas preciosas avecitas, dijo Fernando, ¡eran tal vez tan felices hace poco!....

—Se estaban besando, murmuró María dejando ver que sus ojos se empañaban con lágrimas.

—Yo no las herí; yo sé respetar la vida en todos los seres: ¿acaso las aves no son criaturas sensibles como nosotros? ¿por qué robarles su dicha? ¿por qué condenarlas al tormento de morir, cuando tal vez están gozando más que nosotros de la vida?

—Se estaban besando, repitió María, yo las ví morir... ¡Padre!... mi padre no habla... vea usted.... está sufriendo....

El tío Mateo hizo seña de que no sufría,

y procuró fingir una sonrisa; pero la contracción nerviosa no vino en auxilio de su deseo, porque en la tirantez de sus mejillas no cabían las líneas de la risa.

Fernando se puso á meditar en aquel fenómeno nervioso que tenía al tío Mateo sin habla, y deseando curarlo, pasó sus dedos por el encaje de la mandíbula, y notó la desarticulación.

Alguna vez había podido observar en una calavera los goznes de las mandíbulas, y pensando que, supuesto que no se había roto ningún tejido al verificarse aquella desviación, bien podría volver la mandíbula á su lugar, sin causar ningún daño.

La tirantez de los músculos le hizo comprender que ella misma era un obstáculo, (por la tracción que ejercían), para el nuevo encaje de la mandíbula, de manera que hizo este cálculo:

—Si hago bajar la mandíbula sólo lo necesario para que el encaje superior no impida la entrada del inferior, la misma tracción de los músculos estará á mi favor.

Todo esto pensaba Fernando, mientras María, mas y mas afligida, le rogaba incessantemente que buscara un medio para hacer hablar á su padre.

Fernando comprendía, que al conseguirlo haría olvidar mas fácilmente el desagradable incidente que acababa de pasar.

—Voy á procurar poner la quijada en su lugar, dijo, he oído decir que esto es bien sencillo, ¿usted quiere que probemos? preguntó al viejo.

El tío Mateo hizo una señal afirmativa.

—Sí, sí, dijo María en tono suplicante.

Entonces Fernando, apoyando las yemas de sus dedos pulgares sobre los dientes molares inferiores del tío Mateo, se apoyó con fuerza hasta que sintió moverse la mandíbula caída; pero la reacción fué tan fuerte, que recibió en ambos dedos la mas formidable mordida.

—Perdón, dijo el tío Mateo, usted....

—¡Silencio! vendaremos de nuevo la quijada. Ya todo terminó.

—¡Ay! es usted médico, dijo María llena de júbilo.

El viejo estrechaba con efusión las manos de Fernando, y mostraba á su hija los lastimados dedos del operador.

Cada vez que el viejo quería hablar, se lo impedía Fernando por temor de que volviera la desarticulación; pero el tío Mateo estaba deseoso de manifestar su agradecimiento, y se deshacía en señas que suplieran á la palabra.

La noche había llegado sin que ninguno de los oyentes de Carlos se hubiera dado cuenta de ello, á excepción de Castaños y Carolina, para quienes la oscuridad había sido tan propicia que tenían las manos, sin que nadie lo viera, estrechamente unidas.

Salvador no había procurado levantarse de su asiento.

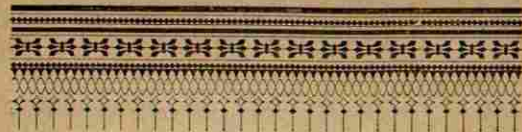
Chona estaba profundamente pensativa.

Acaso tenía motivo para conocer la intención de Carlos al narrar aquellos acontecimientos que preocupaban tan visiblemente á Salvador.

Los oyentes guardaban profundo silencio. Salvador, Chona y Carlos veían negro como la noche su mañana.

¡Quién sabe cuántas amarguras les esperaba!





CAPÍTULO IX.

LA SALVACIÓN DE DON SANTIAGO.



Al caer don Santiago, perdió el conocimiento, y no volvió en sí hasta que al cielo plugo enviarle al rostro las primeras gotas de lluvia.

Don Santiago se incorporó, miró á su alrededor y la soledad de que se vió rodeado, lejos de infundirle pavor lo hizo estremecer de alegría.

No podía dar crédito á sus propios ojos, el bandido había desaparecido, estaba solo y libre ¿adónde estaba? ¿qué camino toma-



ría? ¿qué haría para orientarse? ¿dónde estaba su guardián?

La soledad respondía á todas sus preguntas.

—¡Perdido, pero libre! exclamó.

Y echó á andar; pero el terreno declinaba visiblemente á sus piés, se hundía, y después había un abismo.

Don Santiago se detuvo, miró, pero su mirada no pudo rasgar el velo de las tinieblas.

Entonces retrocedió y buscó terreno por donde, descendiendo siempre, bajara al valle sin forzar el paso.

Hacia el lado del negro abismo se percibía un rumor sordo pero colosal; era la respiración de un mónstruo que iba á enseñorearse en las tinieblas, á invadir el llano, á arrastrarse por las barrancas, era la avenida que iba á arrebatarse á los lobos su banquete.

Don Santiago huía en opuesta dirección, tropezando con piedras y breñales, porque le parecía que del lado del ruido estaban todos los peligros.

Al fin se desgajaron las nubes y don Santiago recibió el chubasco, sin tener donde guarecerse.

Su camino se hacía intransitable, pero don Santiago no cedía ante la dificultad, sino que desafiando al tiempo y á la noche, avanzaba siempre para alejarse de aquellos lugares.

Por fin bajó al llano, ya casi sin fuerzas, pero allí lo esperaba con los brazos abiertos el amigo del hombre: el árbol.

Allí estaba ese sér viviente como en acecho del desvalido, allí estaba un tronco, que el tiempo había carcomido en parte; allí estaba el abrigo: allí estaba un techo tan hospitalario como la filantropía, allí estaba Dios velando por el hombre.

Don Santiago se acogió al árbol, como una avecita al nido, y al palpar la corteza seca y caliente, la besó.

—¡Bendito seas Dios mío! murmuró y descansó..... Y oró.

La noche misma debió haberse sentido indemnizada del horrible episodio de los

lobos, al ver que bajo aquel árbol había una alma que hablaba con Dios.

La primera mirada que D. Santiago dirigió, fué al cielo; allí la recogieron las primeras estrellas que empezaban á cintilar después de la tormenta.

El pobre viejo contenía la respiración, y esperaba.

Recorrió con la mirada en el horizonte, buscaba un punto en donde alguna transparencia anunciase al día.

Pasaron las horas, huyeron las nubes, se engalanó el firmamento con sus mundos brilladores, y don Santiago se puso de nuevo en marcha hacia los valles.

Anduvo sin descanso hasta que empezaron á hundirse las estrellas en el diáfano azul de los espacios; ya cerca estaba el lumínar que con sus rayos ahuyentaría todos los horrores de la noche.

Por fin miró una línea, era el perfil de una cordillera, era el oriente, era el día, era el consuelo.

Don Santiago se arrodilló y le habló á la luz.

—¡Gracias! ¡gracias Dios de mi alma! venga á mí tu luz, báñeme en ella el día y bañe mi camino y á las criaturas todas. Besa ¡oh luz color de rosa! á este árbol amigo, como yo lo he besado; besa la tierra en que me postro; besa mi frente que surcó el dolor. ¡Padre mío! alumbrame para que encuentre á mi hijo; él también se hundió en la noche ¡pobre hijo mío! él me está llamando..... Dame fuerzas para salvarlo, ¡Dios..... ¡Dios mío!.....

Y don Santiago sintió el vigor de la fé en su alma.

La luz se difundía, los árboles parecían sonreír, por todas partes se levantaban vapores, como crespones flotantes que iban mas tarde á engalanar el azul del cielo con girones blancos; verdegueaban los campos y temblaban sobre las hojas mil gotas cristalinas; zumbaban los insectos y tendían el vuelo algunas aves.

Don Santiago contempló de lejos su ár-

bol amigo, no quería separarse de él, sin haberlo contemplado á su sabor, bañado con los dorados rayos del sol.

Al fin echó á andar; descendía á aquellos campos, no sabía si estaría muy lejos de su pueblo, no se acordaba de lo que había andado, lo rodeaban por todas partes perfiles de eminencias desconocidas, pero don Santiago caminaba siempre hacia el oriente, atravesó un valle y comenzó al cabo de largo tiempo á ascender por una pendiente.

A cierta altura pudo distinguir en el horizonte un contorno azul, y leyó en él como un geroglífico que le era familiar; era el perfil de una montaña conocida.

Estaba orientado, había más, estaba cerca de su casa.

Tomó aliento y siguió su camino, pensando en que su excursión se había reducido, desde que fué plagiado, á un rodeo por las montañas.

Dejemos á D. Santiago llegar tranquilamente á su casa, y veamos lo que pasaba en la hacienda grande, después del relato

de Carlos, acerca de la historia (pendiente aún) de Fernando y de María.

Quando los convidados abandonaron el jardín, notaron que en el patio de la casa circulaban rumores y había cierto movimiento desusado.

Acababan de llegar unos mozos que traían pliegos para D. Nestor.

—¿De qué se trata? dijo en voz alta don Homobono Pérez.

—Yo soy, señor amo, dijo un hombre envuelto en una frazada azul y blanca.

—¿Quién eres tú?

—Pues *semos* del juzgado.

—¿Buscan á don Nestor?

—Sí, señor amo.

—D. Nestor! gritó D. Homobono, aquí buscan á usted.

Acercose D. Nestor al grupo, y reconociendo á los muchachos porta-pliegos, les dijo:

—¿Qué se ofrece? ¿ha habido novedad?

—No, señor, sinó que ya llegó D. Santiago.

—¡Hombre!

—¿El plagiado? preguntó uno.

- El plagiado dijeron varias voces.
—¿Y qué traen preguntó D. Nestor.
—Pos un oficio del juzgado.
—Á ver.

El mozo se desató un pañuelo que traía ceñido á la cintura, lo desenrolló y sacó una vieja pasta de libro, dentro de la cual venía la comunicación para D. Nestor.

Dos criados estaban ya alumbrando la escena, uno con un hachón y otro con un farol.

Rasgó D. Nestor el sobre con todo el desparpajo con que una autoridad debe rasgar sobres, y mientras daba éste con una mano al mozo, extendía la otra con el oficio hacia el farol.

Limpió, por si acaso, la marmaja del oficio contra la manga izquierda de su chaqueta, y se puso á leer.

—Lea usted en voz alta, le dijo á don Nestor su yerno, que se había acercado al husmo del procedimiento.

—«Juzgado constitucional, etc., dijo don Nestor.

«Ahora que son como las seis de la tarde,

acaba de entrar á esta población, procedente de donde estaba en calidad de plagiado, el amigo D. Santiago, de lo que tuvo noticia este juzgado, mandando practicar la debida averiguación, en cumplimiento de la ley, con las órdenes competentes para el aseguramiento de la persona del aparecido, de quien tomadas las generales en presencia de D. Leocadio, y mi compadre el de las vacas, á falta de otros testigos de asistencia, por no haberlos en este juzgado, dijo el mencionado D. Santiago llamarse como queda dicho, mayor de edad, soltero y de ejercicio propietario; y de lo demás, por no hacer mas larga esta comunicación, ni detener al correo que ya se va, los muchachos informarán verbalmente de palabra de todo lo ocurrido, y de lo que tiene que hacerse en el asunto de dicho don Santiago, que llegó bueno.

Unión, independencia y constitución. Juzgado constitucional de &.»

—¿Bueno; pero quién agarró á don Santiago? preguntó don Nestor.

Pos esque lo llevaron á las peñas pardas, lo mismo que al muchachito, y á los mozos que llevaron; no más que los mozos pudieron chispase, porque uno venía en el caballo de don Longinos, y otro en la yegua del otro de allá, y que como le salieron cuatro, eran como *quen* dice con su *caduno*, y los mozos destaparon y destaparon esos señores, y eso fué meter espuelas, que hasta don Longinos dice que eso tiene prestar uno sus cosas, porque su caballo se le mancó, que yo lo *vide*.

—¿Pero llegaron los mozos?

—Pues no, ¡cuándo no habían de llegar!

—¿Y qué dijeron de don Santiago?

—Pues que no le vieron.

—¿Y qué hicieron en el pueblo?

—Pues ensillar.

—¿Y luego?

—Jalamos todos á buscarlos á los plagiarios.

—¿Iban muchos?

—Hartos.

—¿Como cuántos?

—Hártitos.

—¿Y no encontraron nada?

—No más encontramos al del potrero de don Encarnación, que dijo que los *vido* que cortaron para abajo, y que como iba con las yuntas y en el potrillo, no avisó: *¿pos onde* iba á avisar, si el potrillo ni el freno coje, y luego tan chiquito que salió, que parece jumentito, con perdón de usted.

—Pero bien, ¿al fin se ha podido averiguar algo?

—Pos cuándo no!

—¿Quiénes fueron?

—Al principio no se sabía; pero ora que llegó don Santiago, pues ya no cabe duda de que fueron....

—¿Quiénes?

—Gómez y el Pájaro.

—¡Gómez! dijeron varias voces.

—¡Gómez! ¡qué tal!

—¿Con que Gómez?

—¡Si tengo un ojo!.... dijo don Nestor; á ver, que prendan á Gómez: ya lo ve usted, señor don Carlos, si cuando yo decía....

—Que busquen á Gómez.

—¿Pero están seguros de que él fué? preguntó Carlos.

—¡Vaya, señor! con que le conocieron el caballo, dijo el mozo, y ahí están los rastros del ranchito y hasta la tuerta que los *vido*, y á mí me dijo el auxiliar, ensilla y vete con tu primo á la hacienda grande, y le avisas á don Nestor que fueron Gómez y el Pájaro los del plagio; y que si puede los agarre, porque ellos son.

—¡A ver! gritó don Nestor, ¡todos sobre Gómez!

A esta voz, se dirigieron hacia uno de los cuartos bajos del patio, en que se había alojado Gómez: empujaron la puerta y entraron.

Gómez no estaba allí.

—¿Pues dónde está?

—El pájaro voló, gritó uno.

A ver, dijo D. Homobono, ¿dónde está el caballerango?

—Don Cuevas, que lo llaman, dijo un jayán.

—Mande, gritó una voz estentórea y hueca.

—¿Pos que dónde está Gómez?

—¿Cuál?

—Pos el del caballo prieto que trajeron.

—¡Adios! con que no se fué dende esta mañana.

—¿Esta mañana? no puede ser.

—Pos á mí me dijeron que se iba. Adios, pues si aquí faltan las cabezadas del amo.

—¿Qué cabezadas?

—Pos las de plata.

—¿Y las pistolas? preguntó uno.

—Aquí las puse, dijo un criado.

—¿Qué tal? ¿qué tal? exclamaba D. Nestor, quien á cada falta que se notaba, brincaba de gusto por haberse salido con la suya.

Buscaron á Gómez por todas partes, á pesar de que cada cual tenía la convicción de su fuga, lo cual, según la respetable opinión de don Nestor, era la mas palpable corroboración de ser Gómez, y no otro, el autor del plagio, y á la vez uno de los asaltantes de la noche aquella, y que, en con-

secuencia, se debía proceder sin demora al aseguramiento de Salomé, por ser el hilo mas seguro para la justicia.

—Apuesto á que también se ha ido, dijo uno.

—No, señor, gritó una voz, la presa está en lugar seguro, y sigue incomunicada.

Oyóse el golpe seco de un fusil que se terció.

—¿Dónde está la reo? preguntó don Nestor.

—En este cuarto, contestó el centinela, y suplico á usted que me releven, porque estoy como desde las cuatro.

—A ver, que releven á éste, gritó don Homobono, es una injusticia tener á un centinela tanto tiempo.

Relevaron al centinela, reencargándole á la presa, y la noticia de la cena vino á disolver la reunión.



CAPÍTULO X.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LAS
TORTOLITAS.



AHORA de sobremesa, dijo Castañeros, sabremos el desenlace de la historia de Fernando y María.

—Cabal, dijo Anita, yo no he pensado en otra cosa.

—Ni yo, exclamó Carolina suspirando. Efectivamente, á instancia de todos, Carlos continuó la pendiente historia, del modo siguiente:

secuencia, se debía proceder sin demora al aseguramiento de Salomé, por ser el hilo mas seguro para la justicia.

—Apuesto á que también se ha ido, dijo uno.

—No, señor, gritó una voz, la presa está en lugar seguro, y sigue incomunicada.

Oyóse el golpe seco de un fusil que se terció.

—¿Dónde está la reo? preguntó don Nestor.

—En este cuarto, contestó el centinela, y suplico á usted que me releven, porque estoy como desde las cuatro.

—A ver, que releven á éste, gritó don Homobono, es una injusticia tener á un centinela tanto tiempo.

Relevaron al centinela, reencargándole á la presa, y la noticia de la cena vino á disolver la reunión.



CAPÍTULO X.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LAS
TORTOLITAS.



AHORA de sobremesa, dijo Castañeros, sabremos el desenlace de la historia de Fernando y María.

—Cabal, dijo Anita, yo no he pensado en otra cosa.

—Ni yo, exclamó Carolina suspirando. Efectivamente, á instancia de todos, Carlos continuó la pendiente historia, del modo siguiente:

—Fernando logró persuadir al tío Mateo y á María, de que, aunque cargaba armas, no había sido él el cazador de las tórtolas.

—¿Pero y mis perros? dijo entonces el tío Mateo, á pesar de la venda y de la prohibición de hablar.

—Esos perros nos hubieran devorado.... y en el último extremo.... pero yo le ofrezco á usted indemnizarlo, yo le daré á usted otros.

—No hay otros como Leal y el Pastor, dijo María, ¡nos conocían tanto! Usted no sabe que estos animales eran nuestros compañeros desde que yo era muy chica; ¡querían tanto á mi padre, y nos conocían tan bien!....

María quería contenerse, pero le era imposible, se le arrasaban los ojos de lágrimas.

El tío Mateo empezaba á experimentar cierto embargamiento, que lo alarmó.

Había pasado por su espíritu acongojado la idea de una recaída definitiva: experimentaba la invasión de los primeros síntomas de la enfermedad de que acababa de con-

valecer, y dirigió una profunda mirada á su hija, que no podía ya ocultar su emoción.

Hubo un largo rato de silencio; el dolor de María torturaba el alma de Fernando, y esta tortura acabó de persuadirlo de que amaba á María con todo su corazón.

Aquellas tres figuras, silenciosas y tristes, fijaron simultáneamente la vista en un objeto negro que se movía á cierta distancia.

Era Leal, que venía arrastrándose penosamente, con una mano rota, y goteando sangre por todas partes.

—Leal, dijo el viejo con la voz temblorosa y conmovida.

—Leal, repitió María, ¡pobre Leal! y limpiándose las lágrimas, se acercó al perro para ayudarle á subir los escalones de la entrada.

—Yo soy algo médico, dijo Fernando, debo traer en mi cartera unas pinzas, procuraré curar á Leal.

Iba á acercarse Fernando, pero el perro, á pesar del estado lastimoso en que se encontraba, gruñó de una manera feroz.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
F. de la 1425 MONTECORT, BARRIO

—Espera, Leal, dijo María, te vamos á curar: ¡ay, pobrecito! por todas partes tiene sangre.

—Una poca de agua, dijo Fernando.

María tomó un trasto que estaba á poca distancia, lo llenó de agua en el arroyo, y comenzó á derramarla con cuidado sobre el perro, el que, al sentir que se mitigaban sus ardores, se echó para recibir aquel refresco.

María llegó con sus caricias á inspirar confianza á Leal acerca de Fernando, quien empezó la difícil y lenta operación de extraer las municiones del cuerpo del perro.

El tío Mateo hacía tiempo estaba callado; María se volvió hacia su padre y arrojó un grito.

El tío Mateo estaba inerte.

—¡Mi padre se muere! ¡mi padre se muere! y es por la pesadumbre, es por mí, es por Leal, es por....

—No es por mí, María, interrumpió Fernando, es porque la fatalidad lo ha querido así.

Fernando y María se colocaron á los

lados del tío Mateo. María le tomaba la cabeza y le cubría de besos la frente, que reclinaba cariñosamente sobre su pecho.

Fernando sufría horriblemente, espantado de las consecuencias de la caza, y concentrando un odio profundo contra su imprudente amigo.

Era necesario transportar al tío Mateo al lecho; pero Fernando era muy débil, y en vano procuraba levantar aquel cuerpo inerte, que parecía de plomo.

—En el carrito, dijo María.

—¿Qué carrito?

—Cuando mi padre no podía andar, yo empujaba su cóchecito, y lo llevaba yo de una pieza é otra; voy á traer el carrito.

Aquel carro no era otra cosa que una tabla con pequeñas carretillas, de manera, que fué entonces fácil para Fernando trasportar al tío Mateo al interior de la casa.

No bien había entrado, cuando se presentó el amigo de Fernando.

—¿Qué hay? le preguntó éste.

—No hay médico.

—¿Cómo no hay?

—No hay quien vaya.

Fernando lanzó una mirada de ira á su amigo, y dijo:

—Yo voy, quédate aquí, cuida á este hombre, haz lo que puedas, yo no volveré sin un médico; espérame.

Al llegar á este punto la relación de Carlos, el auditorio estaba conmovido; aún los criados, colocándose convenientemente habían tomado una parte activa en el duelo general, y el mismo Carlos no podía ya disimular su emoción.

Salvador se levantó de la mesa.

—¡Espérate! le dijo Carlos con un tono de amenaza tal, que todas las miradas se fijaron en estos dos personajes.

Carlos sostuvo una larga mirada, que Salvador no pudo resistir.

Todos callaron, todos estaban embargados por la emoción, y la atmósfera del comedor parecía preñada de ideas negras, por-

que en cada cabeza se agolpaban mil y mil imágenes siniestras. Carlos continuó:

—Volvió Fernando á la casita del tío Mateo.... ¡ay! seis horas más tarde.... ¡seis horas!...

Volvió á caballo, traía un médico y dos criados en su compañía, medicinas y todo lo necesario para atender al enfermo.

Carlos tuvo que tomar un trago de agua.

Todos esperaban impacientes el desenlace; pero Carlos casi no podía hablar.

—¿Y lo salvó? preguntó doña Refugio.

—El médico tocó al tío Mateo, y movió la cabeza.

—Fernando se acercó al oído del médico para recoger estas palabras:

—¡Ya es tarde!

María apareció en la puerta de una pieza interior.... Ya no era María.

Blanca como la muerte y con los cabellos en desórden, se paró un momento, tenía los vestidos desgarrados, en las manos tenía sangre y cardenales, y también en el borde de sus labios entreabiertos tenía una línea roja.

Miró María á Fernando.... ¡qué horrible mirada! abría los párpados y sus ojos brillaban con un brillo siniestro.

—Que no entre esa niña, dijo el médico. Fernando avanzó para detenerla, y María dió un salto hacia tras.

—¡María! dijo Fernando.

—Que no me vean, dijo María, dejando asomar en sus labios una sonrisa espantosa.

Fernando estaba atónito.

María continuó:

—Mordí.... mordí.... Mira mis manos: no, no, que no las vean.

Y se volvió de espaldas á Fernando, reclinando su frente en la pared.

—María, volvió á decir Fernando acercándose, María, ¿qué es esto?

—¡Ay! gritó María.... no nada, nada: vete, váyase usted.

Al extender María las manos, Fernando notó en los pálidos brazos de la niña las señales de otras manos que los habían comprimido.

—Fernando, dijo el doctor.

Fernando se acercó al tío Mateo.

—Éste.... muerto, dijo el médico.

—María.... loca...., dijo Fernando.

Permanecieron allí el médico y Fernando toda la noche.

—¿Y el amigo de Fernando? preguntó doña Refugio.

—Había huido, contestó Carlos.

—¿Huyó?

—Sí.

—¿De horror?

No, de miedo.

—¿Á quién le tenía miedo? preguntó doña Refugio, empezando á comprender algo mas espantoso que todo.

—¡A mí exclamó Carlos reventando el hilo del misterio.

Todos los convidados hicieron un movimiento.

Salvador fué entonces quien dirigió una terrible mirada á Carlos, sin poderse contener.

Doña Refugio no pudo menos de preguntar, dirigiéndose á Carlos:

—¿A usted?

—Quiero decir, repuso Carlos: «¡A mí!» dijo Fernando al saber que su amigo, su leal amigo de la infancia, había traicionado su amor. Sí, aquel amigo, el cazador, mató dos tórtolas, mató al Pastor, mató al tío Mateo, y..... ¡ojalá que hubiera matado también á María!

Fernando buscó á su rival para matarlo; pero aquel infiel amigo huyó, y siguió huyendo sin cesar; tomó el camino de Aca-pulco, se embarcó, vivió algún tiempo en la América del Sur, y después pasó á Francia.

—Etcétera, etcétera, dijo Salvador levantándose de la mesa; y como este movimiento fué secundado por casi todos los oyentes, circuló el rumor, y así concluyó Carlos su relato de la triste historia de Fernando y María.

Todos los oyentes, con la convicción de que los personajes de aquella historia no eran otros que Carlos y Salvador, creyeron que no debían hacer más preguntas sobre

el particular; pero como quiera que nuestros lectores tienen mas derecho que aquellas personas, inclusa la curiosa Anita, de saber lo que pasó después, vamos á ponerlos al tanto de los acontecimientos posteriores, así para que conozcan el paradero de la pobre María, como el origen de la íntima amistad que ligó á Carlos y á Salvador durante tantos años.

El cuadro que presentaba la casa del tío Mateo, en la montaña, era tristísimo.

La situación de Fernando era horrible.

El tío Mateo, según opinión del médico, había sucumbido víctima de una congestión cerosa.

—Al menos, decía el doctor, sus momentos han sido cortos: ¿cuál hubiera sido su agonía si hubiera tenido tiempo de enterarse completamente de su situación?

—Sobre todo, decía Fernando, ó sea Carlos, supuesto que no debemos ocultar más su nombre; este hombre ha muerto con la idea de que su hija sigue siendo pura como

un angel; haber rasgado este velo á la hora de la muerte, hubiera sido un refinamiento de crueldad.... porque.... agregó Carlos fluctuando en un mar de horribles dudas, yo he dejado al tío Mateo en completo estado de postración, y acaso no ha podido notar lo que pasaba con María.

—Cuando me he acercado al enfermo, dijo el médico, era ya en sus últimos momentos.

—¿Y no puede usted calcular el tiempo que llevaba de agonía?

—No, eso es difícil; pero lo que sí puede aventurarse es la idea de que este hombre ha tenido conocimiento hasta los últimos momentos, porque la asfixia y no la congestión cerebral es la que ha determinado la muerte.

—Quiere decir, interrumpió Carlos, que bien pudo haber notado....

—Quién sabe.

Carlos se separó del médico, y se puso á recorrer la habitación.

Sobre un taburete estaba la bolsa de caza de Salvador atestada de tortolitas muertas, y se notaba cierto desorden en los muebles y en todos los objetos.

Carlos recorrió con la vista aquel terrible y significativo desorden, con el alma traspasada de dolor. Cada detalle era una funesta corroboración, cada objeto le inducía á conjeturas que le hacían estremecer de ira; cada mueble le hacía comprender la espantosa situación de aquella niña, luchando con un mónstruo al borde de la tumba de su padre.

¡Cómo pensaría María en sus perros, que sabían defenderla, que la hubieran defendido, que la hubieran salvado el honor!

—¡Oh! exclamaba Carlos, si yo no hubiera seguido el ejemplo del.... miserable Salvador, no hubiera disparado mi escopeta sobre Pastor, y Pastor hubiera despedazado al infame.... Y el viejo, el pobre viejo, tal vez con la muerte en la garganta, pudo oír desde su lecho de agonía la vergonzosa

lucha; tal vez pidió en vano un momento más de vida, para salvar á su hija, y la muerte inexorable no le permitió moverse.

¡Qué horribles han de haber sido sus últimos momentos! y Dios, en su infinita misericordia, privó de razón á esta niña... de otro modo, ¿cómo hubiera podido sobrevivir á su padre y á su deshonra? ¡Pobre María! ¡Pobre anciano!...

Merced á algún narcótico poderoso, el médico había logrado calmar los accesos violentos de la niña, que yacía postrada como un cuerpo inerte.

La tarde se acercaba.

Carlos mandó á uno de los criados que lo habían acompañado, á hacer ciertos preparativos para sepultar el cadaver del tío Mateo, y para conducir á María á sitio más adecuado para atenderla.

Llegó la noche, y el médico y Carlos velaron silenciosos el cadaver del viejo y á la enferma.

Alumbraba la estancia una pobre vela de

sebo, y sólo interrumpía el silencio de la noche la fatigosa respiración de María, y de vez en cuando algún gruñido gutural del *Pastor*, que había quedado fuera de la casa entregado á sus dolores y á su lenta agonía.

Carlos callaba por largos intervalos; pero queriendo conjurar aquel pavoroso silencio, hablaba con el doctor, para descargar el peso de las ideas que abrumaban su cerebro.

Larga y pesada fué aquella noche. Carlos no pudo olvidarla en toda su vida, y acaso influyó no poco en imprimir en su carácter cierto sello de melancolía profunda, de que nunca pudo prescindir.

Por fin vino el día, radiante de vida para la naturaleza, rico en diafanidad y en alegría para todos.

A los primeros albores, se percibieron subiendo la montaña hasta doce personas, entre las que figuraba un alcalde que iba á dar fé de lo ocurrido, para conocimiento de la justicia.

A eso de las ocho de la mañana, desfilaba por los tortuosos senderos de las rocas, una comitiva fúnebre.

Cuatro hombres cargaban el atahud del tío Mateo improvisado con groseras telas de jarcia y morillos; detras de este atahud iba una litera soportada por dos robustos peones.

Cerca de la litera iban el doctor y Carlos, á pié, después el alcalde, que venía á caballo; después algunos peones, y en seguida los criados de Carlos, que tiraban por las riendas los caballos de Carlos y el doctor.

Reinaba en toda la comitiva una tristeza profunda, nadie osaba hablar, y sólo se oía el rumor de las pisadas sobre la superficie pedregosa de la montaña.

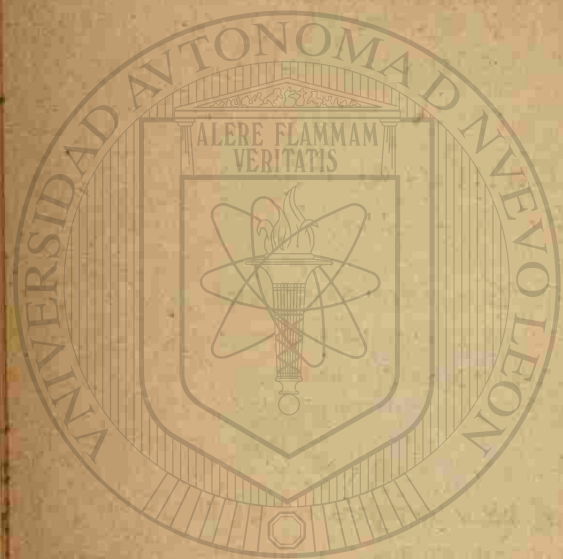
Así iban á caminar más de dos horas, y así siguieron su camino, sin más interrupciones, que las necesarias para el relevo de los peones que cargaban el atahud y la litera.

Después de las diez, entraba la comitiva al cementerio de la iglesia del pueblo.

La litera se había detenido en la casa del alcalde.

El doctor y Carlos, después de haber escuchado con recogimiento las oraciones del responso, y de haber orado en silencio por el descanso del finado, presenciaron la inhumación, y se retiraron lentamente.





CAPÍTULO XI.

EN EL CUAL EL LECTOR CONOCERÁ
EL ORIGEN DE LAS INTIMIDADES
DE CARLOS Y SALVADOR.

CARLOS había desaparecido de la casa paterna, en unión de Salvador, y no había vuelto á aparecer hasta el siguiente día de su salida.

Su aparición causó tanta sorpresa, como había causado angustia su tardanza.

Pero más impresión causó todavía su semblante; Carlos había casi envejecido, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

nadie pudo arrancarle una palabra acerca de lo ocurrido: para todo el mundo fué un misterio impenetrable su desaparición.

Su padre se propuso no insistir, ni preguntar más por Salvador, cuya desaparición era todavía mas misteriosa que la de Carlos.

A poco tiempo, Carlos solicitó formalmente de su padre el permiso para continuar su educación en Europa, y en pocos días arregló su viaje.

Desde el momento en que Carlos salió de la casa paterna no se ocupó de otra cosa que de adquirir noticias de Salvador.

Vino á México, y se informó de que Salvador había partido hacia algunos días para Europa: ocurrió á la casa de Diligencias, y consiguió que le mostraran el *roll* de pasajeros, y vió el nombre de Salvador entre los de los pasajeros de la vía de Acapulco; tomó boleto, y sin perder momento, salió de México al día siguiente para Cuernavaca: días después estaba en Acapulco: el mismo día de su llegada al puerto, había partido un buque con destino á la América del Sur;

Carlos volvió á ver el nombre de Salvador entre los de los pasajeros.

Al día siguiente fué acometido por la terrible enfermedad de las calenturas, y permaneció dos meses entregado á agudos padecimientos.

No sano aún, se presentó ocasión de embarcarse, y así lo hizo, siempre fijo en la idea de seguir las huellas de Salvador.

Hizo una travesía penosa y larga; pero al fin llegó á su destino.

Tardó ocho días en tener noticias de Salvador: al cabo de este tiempo, supo que la noche anterior había estado muy cerca de aquél á quien buscaba en una fonda, pero que en esa misma mañana, su antiguo amigo se había embarcado en un buque americano con destino á San Francisco.

Se embarcó de nuevo, y finalmente, después de seis meses, encontró á Salvador en París.

Una mañana, apesar de la nieve que caía en abundancia, Carlos se presentó de improviso en el hotel en donde vivía Salva-

dor, quien á la sazón no había abandonado la cama, apesar de ser las once.

Ni el portero, ni el camarista, se hubieran atrevido á introducir á Carlos, ni á anunciarlo, si éste no les hubiera asegurado que traía acerca de Salvador una misión de la mas alta importancia.

Salvador se arrojó violentamente y pasó á su sala dando mil excusas al recién venido por permitirse recibirlo poco dignamente; pero al ver que el desconocido ni se movía de su asiento, ni hablaba una palabra, Salvador se fijó en él.... vaciló.... se acercó aún y exclamó por fin.

—¡Carlos!

Y le tendió los brazos.

Carlos permaneció inmóvil.

—¡Qué es esto! dijo Salvador, contrariado y recordando en el momento la escena toda de la casa del tío Mateo.

—¡Carlos, tú aquí!

—Te hubiera alcanzado en el confin del mundo.

Salvador iba á sonreírse.

—Pero no te alegres; porque vengo á matarte.

Salvador guardó silencio, miró detenidamente á Carlos y se sentó frente á él.

—Estoy á tus órdenes, dijo luego que se hubo sentado; ¿tienes padrinos? porque supongo que acabas de llegar.

—Sí, lo tengo todo.

—¿Armas también?

—Sí.

—Debo advertirte que yo no me bato sino con mis pistolas; sobre que son las que están de moda en París: hoy no están en casa, están de servicio, y... qué quieres, se ha hecho de moda batirse con mis armas.

—Yo he dicho, agregó Carlos pálido de ira, que simplemente venía á matarte.

—Lo oí perfectamente; y á mi vez te he dicho simplemente que estoy á tus órdenes.

—Está bien, entonces óyeme.

Aún me siento con vigor para sufrir un poco más, y vengo á que me relates todo lo que pasó aquella noche horrible; pero todo, todo, ¿lo entiendes? sin omitir detalles.

Me parece que debes morir en carácter, haciendo tu apología á la puerta del infierno.

Salvador soltó una carcajada.

—Agregaré más, dijo Carlos, esperaré á que te vuelvas á reír como ahora para enviarte al otro mundo.

—Entonces, voy á aplazar mi segunda risa para el siglo XX y á procurar imitar tu gravedad.

—Decididamente, dijo Carlos, has aceptado el único papel posible en las circunstancias, aunque ya es viejo eludir el rubor con una carcajada; pero debo advertirte que tengo bien fijado mi juicio y que no retrocederé ante ninguna consideración. Te supongo muy adelantado en el manejo de las armas, y confieso que también es viejo sustituir á la razón, con la destreza; pero yo no vengo á jugar una partida, sino á ejecutar una acción deliberada, y madurada con hiel hace seis meses; y por lo mismo te repito que vengo á matarte.

—¿Como asesino?

—No: como cazador.

—¿Según eso, tú también estás adelantado?

—En caza mayor, no temo errar

¿No extrañarás, supongo, que me defienda? ¿me quieres privar también de ese precioso derecho?

—Es tuyo el derecho; pero el tiempo es mío.

Carlos sacó una pistola, la preparó y apuntó al pecho de Salvador, sin haberle dejado tiempo de moverse.

—Está bien, dispara; ni tiemblo, ni ruego ¡tira!

Transcurrió un momento, durante el cual, Carlos adivinaba el corazón de Salvador, tras de la mira de su pistola.

Salvador no parpadeó.

Carlos tampoco; pero en seguida bajó la pistola y dijo:

—Habíamos olvidado la historia de la cabrera.

—Voy á procurar acordarme, porque siento que se me había olvidado completamente.

te, y tú, según parece, quieres pormenores; he aquí un verdadero conflicto.... de hoy en adelante, voy á tener cuidado de hacer apuntes, para dar razón de lo que hago, por si acaso me vuelvo á encontrar un buscador de historias tan escéntrico como tú. En resumidas cuentas, continuó Salvador, cambiando de tono ¿te conformas con la corroboración absoluta? entonces te diré que todo es cierto, que te jugué una mala pasada, seguro de que tú no habrías tomado por lo serio un amor tan alto y tan agreste: ¡qué quieres! soy un bárbaro, pero á pesar de eso, te quiero mucho y comprendo que debo dejarme matar como....

—¿Cómo aquellos perros?

—¿Creo que los matamos?

—Sí.

—Pues me parece ridículo morir así; permíteme al menos morir á mi gusto, esto me parece una petición muy racional.

—¿Deberé creer en tu sinceridad?

—¡Hombre!.... «yo soy así» me da un pito la vida, á lo que temo es al ridículo; tengo

además negocios graves, y no me pertenezco absolutamente, tendría que hacerte varios encargos.

—¿Cuáles?

—Te lego una cocota, dos grisetas y otras chácharas por ese estilo. Por otra parte debemos estudiar la manera de que tú me mates, sin que la policía te haga una de las tuyas.

En cuanto yo acabe, empiezas tú, y debe parecerte como á mí, muy fastidiosa toda esa tramitología; por otra parte, ni yo, ni la justicia, ni la sociedad, estamos de acuerdo con tu justicia. Discurramos.

No vale la pena la Cabrera: creo que tú y yo valemos más que todas las zagalas del mundo.

Como Carlos hizo un movimiento, Salvador agregó.

—No pretendo disculparme ni eludir lo que pretendes llamar tu justicia, no; pero quiero fijar la cuestión, al menos tengo derecho de saber qué hice.

—¡Qué hiciste! ¿quieres que te lo recuerde? ¿tienes el cinismo de preguntarlo?

— Bien, hombre, sí; supuesto que no me acuerdo. Todo aquello para mí, no pasó de una calaverada; y aunque lo sospechaba, nunca pude estar seguro de que tú tomarías á pecho aquel idilio para improvisar una novela sentimental. Es cierto que te quise jugar una mala partida, pero entre amigos... me pareció que al fin acabarías por perdonármela.

— Voy á decirte lo que pasó para que te horrorices.

Carlos hizo entonces á Salvador, una minuciosa relación de lo ocurrido en la casa del tío Mateo después de la desaparición de Salvador, agregó todo lo que al mismo Carlos le había pasado en su larga persecución.

Salvador oyó á Carlos con la mayor atención y con la vista fija en el suelo. Tenía un aire de concentración tal, que Carlos no pudo percibir en la fisonomía de su amigo ningún gesto que le indicara que había logrado conmooverlo; pero el cuadro había sido tan patéticamente pintado, el relato de

Carlos, era tan ingénuo y su emoción tan verdadera, que Salvador, no obstante el don que tenía de sobreponerse á todas las emociones, juzgó interiormente que su amigo tenía razón en querer matarlo, y no se le ocultó toda la infamia que había en su conducta y cuán funestas habían sido las consecuencias de lo que él había querido hacer pasar como una ligereza.

Al cabo de un rato en el que reinó el mas profundo silencio; dijo Salvador.

— Razón te sobra; te he hecho sufrir, he sido infame, he cometido horrosos asesinatos, y por Dios que esto me escuece de una manera horrible: tengo la conciencia de mi falta, y por la primera vez me estremezco, y me avergüenzo de mi conducta, tienes toda la razón y toda la justicia: debes matarme.

Voy á pagarte con lealtad, y para esto no debemos batirnos, porque en ese caso la suerte no me sería adversa: hay más, tengo la conciencia de que después de haberte ofendido, no debo hacer armas contra

tí: si después de todo lo que te he hecho sufrir, te matara á tí también.... ¡oh! yo no podría sobrevivir.... Estoy listo, Carlos, mi vida te pertenece: hiere, márame.

Salvador se levantó de su asiento y se abrió la bata que tenía cruzada sobre el pecho.

Lo que en aquella acción había de noble, hizo vacilar por un momento á Carlos, quien á su vez pensó que Salvador comenzaba á desarmarlo.

Al cabo de un momento de meditación, Carlos habló así:

--Confieso que este camino es el mas corto, y no me sorprende tu destreza, supuesto que tengo fundados motivos para conocer de todo lo que eres capaz. Presentarte ahora á mis ojos convicto, confeso, desarmado y resuelto á recibir la muerte, es sin duda el medio mas eficaz de obligarme á aparecer infame si abuso de tu abnegación; pero todo está en pié, y aún sangra dolorosamente la herida que me hiciste: uno de los dos debe dejar de existir.

—Ese soy yo; dijo Salvador.

—Me inclino á aceptar el duelo, pero el duelo á muerte, por mi parte moriré conforme, estoy horriblemente fastidiado del mundo.

—Yo pensaba vivir algo más, pero opino como tú; nada importa morir, pero si la justicia ha de guiar nuestros pasos, no debemos batirnos, yo debo ser la víctima expiatoria, tú la justicia.

—No: juguemos al azar, así nada tendrá que reprocharnos la sociedad.

Salvador se quedó pensativo por un rato, al cabo del cual dijo:

—Ya tengo aquí la resolución; y en el secreto que voy á revelarte, conocerás que hablo con la sinceridad del que está dispuesto á morir. Escúchame.

—Te dije al principio que yo no me bato sino con mis armas: te dije más, que mis armas están de moda.

Voy á explicarte este enigma.

Compré estas pistolas á un italiano, en dos mil francos, y son una perfecta imita-

ción de las que salen de la mejor fábrica de Bélgica; tienen el número, y el mismo fabricante belga las ha tenido en sus manos, jurando que han salido de su fábrica.

La caja tiene dos pistolas, pero son tres: las de la caja las presté ayer, la tercera está en mi poder, ¿me permites que te la enseñe?

Carlos hizo una señal afirmativa.

Salvador se acercó á una cómoda, abrió un cajón, hizo saltar en él el resorte de un secreto, y sacó una pistola de desafío, un atacador y un mazo.

Carlos entretanto había puesto la mano sobre su pistola.

Salvador tuvo el tino, aún sin haber observado á Carlos, de presentarle á éste la pistola, tomándola por el cañón, el cual tenía dentro el atacador.

—Esta pistola está descargada, mírala.

Carlos midió con el atacador la longitud del cañón y se cercioró de que efectivamente la pistola estaba descargada.

—Este es un precioso mecanismo, dijo Salvador, he aquí lo que pasa.

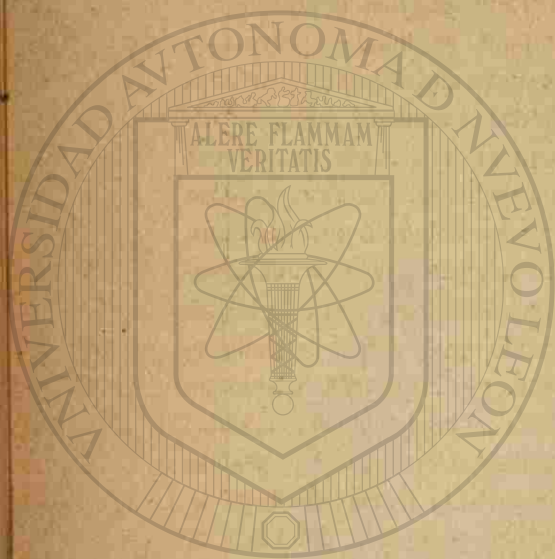


ESTAS PISTOLAS.

Se le entrega la pistola á quien haya de cargarla y se le deja hacer.

Cae la pólvora en la recámara, y en seguida la bala, viene después el atacador, y al primer empuje, se hunden pólvora y bala en una segunda recámara. Al levantar el atacador para dar el segundo golpe, la primera recámara se ha llenado de pólvora que hay en un recipiente interior, y sobre esta pólvora se ha colocado una tapa que sólo se abre de adentro á fuera y que resiste bien el golpe del mazo, como lo resiste la carga; el sonido de los golpes es idéntico, la pólvora asoma por el piñón sobre el cual se pone el cápsul, y la pistola está cargada; da fuego y la detonación según he podido observar últimamente, es mas débil que la de la otra pistola, pero esta diferencia es inapreciable, sobre todo para los ánimos que, pendientes sólo del resultado, están muy lejos de medir la intensidad de la detonación.

Ya comprenderás que la pólvora se inflama y que su fuerza impulsiva, no sirve



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más, que para levantar la válvula que se abre en gajos que se incrustan en el cañón, de manera que después de haber salido el tiro, puedes reconocer la pistola y no encuentras ninguna diferencia, sólo que tiene el defecto de que una vez haciendo uso de ella hay que desarmarla, para volverla á poner en estado de ser cargada nuevamente.

—Me parece un arma tan valiosa como cualquier asesinato; con razón hay quien cuenta veinte duelos, sin haber sido tocado una sola vez: de esta manera se puede adquirir fama de duelista y á poco precio.

—Es cierto, dijo Salvador con naturalidad, todo consiste en hacer aceptar á los padrinos estas pistolas, las cuales se dan á reconocer y á probar á satisfacción, hasta el momento dado en que, hábilmente se sustituye una de las pistolas con esta tercera, que tiene por única contraseña el pavon mas oscuro en esta parte del pié de gato, circunstancia en que nadie puede fijarse, pues como verás, el pavon de las lla-

ves es el mismo, sólo que en ésta el pavón oscuro, está abajo.

—Y bien, dijo Carlos ¿qué pretendes hacer con esta pistola?

—Es muy sencillo; me mandas tus padrinos, aceptan mis pistolas que van á tu casa, las llevas tú, las ves cargar y eliges la cargada con bala y me dejas ésta que no mata y nos disparamos á dos pasos al corazón, y tiene la sociedad la satisfacción de llorarme muerto en un duelo legal.

Arreglas todo de manera que no puedan alcanzarte, y te vuelves á México. ¿Qué me respondes?

—Me horroriza la idea de ser asesino, no obstante haberla abrigado en mi pecho durante seis meses.

—No puedo hacer más que garantizarte ante la opinión pública; á menos que prefieras matarme en bata como ibas á hacerlo y á presentarte á la justicia para que te fastidie un año.

—Te provocho á un duelo á dos pasos, con las dos pistolas buenas.

—Corriente, dijo Salvador, á dos pasos y con las pistolas que gustes, espero á tus padrinos.

—Dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

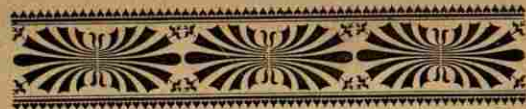
Carlos salió de la casa de Salvador, y se encontró en la calle sin saber qué partido tomar: hacía un frío horrible y casi no había gente en las calles.

Carlos entró en el primer café que encontró á su paso: lo primero que vió fué un inglés; lo primero que le ocurrió hacer cuando el inglés se fijó en él, fué una seña.

El inglés le tendió la mano, y la palabra *brother* sonó en sus labios.

Bastaron al inglés cinco palabras para ponerse ufano, y para estar en disposición de prestar sus servicios.

Diez minutos después dos ingleses tocaban á la puerta de la habitación de Carlos.



CAPÍTULO XII.

EL DESAFÍO.

EN la tarde de ese mismo día, Salvador y Carlos estaban en el sitio del combate.

Carlos había tenido tiempo de examinar las tres pistolas, y autorizado por Salvador, había retenido en su poder la pistola inofensiva.

Los padrinos de Carlos cargaron las pistolas, por vía de prueba dispararon en presencia de Carlos, y las dos balas se estrellaron en la placa. ®

—Corriente, dijo Salvador, á dos pasos y con las pistolas que gustes, espero á tus padrinos.

—Dentro de una hora.

—Dentro de una hora.

Carlos salió de la casa de Salvador, y se encontró en la calle sin saber qué partido tomar: hacía un frío horrible y casi no había gente en las calles.

Carlos entró en el primer café que encontró á su paso: lo primero que vió fué un inglés; lo primero que le ocurrió hacer cuando el inglés se fijó en él, fué una seña.

El inglés le tendió la mano, y la palabra *brother* sonó en sus labios.

Bastaron al inglés cinco palabras para ponerse ufano, y para estar en disposición de prestar sus servicios.

Diez minutos después dos ingleses tocaban á la puerta de la habitación de Carlos.



CAPÍTULO XII.

EL DESAFÍO.

EN la tarde de ese mismo día, Salvador y Carlos estaban en el sitio del combate.

Carlos había tenido tiempo de examinar las tres pistolas, y autorizado por Salvador, había retenido en su poder la pistola inofensiva.

Los padrinos de Carlos cargaron las pistolas, por vía de prueba dispararon en presencia de Carlos, y las dos balas se estrellaron en la placa.

Con esta prueba plena, Carlos iba seguro de que alguno de los dos sucumbiría.

Los padrinos de Salvador consiguieron, merced á mil ruegos, que la distancia fuera de cinco pasos.

Salvador solicitó permiso para hablar solo con Carlos, y lo hizo de este modo:

—Todo lo he arreglado, lo que tengo le pertenece á tu loca, á la pobre María. Voy á morir: es justo, pero ofrécame que me perdonarás: te voy á dar mi vida por tu perdón. Adios.

Y Salvador estrechó con firmeza la mano de Carlos, y se separó lo necesario para ponerse en su sitio.

Los padrinos se colocaron en sus puestos, el cirujano tenía listo todo lo necesario.

Salvador estaba tranquilo, había más, estaba radiante.

Carlos estaba absorto, pero firme. Envió hacia el pasado su pensamiento, y sintió no sabemos qué extraña voluptuosidad al pensar en la muerte; estaba á su vez resuelto.

Formuló interiormente una despedida al

mundo, se colocó en su puesto y esperó la voz.

Los ojos de Salvador estaban fijos en los de Carlos.

Carlos iba perdiendo su sensibilidad é iba á obrar automáticamente; había perdido la idea de la gravedad de aquel acto; pensó en la mira, en el punto, en la bala y en el corazón de Salvador con una precisión matemática; sabía que la luz iba á desaparecer para siempre, y al borde de aquel abismo, ni temblaba ni retrocedía; sentía sobre su alma la atracción de la eternidad, como una dulce somnolencia.

Jamás el estoicismo llegó á disecar una alma, al grado á que había llegado la de Carlos.

Ya no sentía odio: había algo como la beatitud del mártir en su espíritu.

Por fin sonó la seña, y tras de la seña la detonación....

Los dos adversarios permanecieron de pie, inmóviles como dos estatuas. ®

Solo había salido el tiro de Salvador.

Carlos seguía apuntando.

—Tira, dijo Salvador, soltando la pistola y rasgándose el chaleco para presentar el pecho á su adversario.

Carlos bajó la pistola.

Los padrinos se acercaron.

Los adversarios se separaron.

Carlos levantó la pistola que había tirado Salvador, se fijó en el pié de gato y.... tenía la mancha del pavón, era la inofensiva; en seguida se acercó á un árbol, disparó y su bala se clavó en la corteza.

Los dos amigos se dirigieron una larga y elocuente mirada.

Salvador aún insistió en quedar á la disposición de Carlos, y éste hizo una señal que indicaba estar satisfecho.

Reinó una embarazosa reserva en todos los personajes de aquella escena, y colocados en sus respectivos carruajes, emprendieron separadamente el camino de la ciudad.

En la noche, Salvador fué quien buscó á Carlos.

—Te ofrecí, le dijo Salvador, darte mi vida por tu perdón, he cumplido, perdóname.

Los dos amigos se abrazaron.

Carlos lloró....

Como una convalecencia, pasaron varios días como nublados para aquellos dos amigos.

Salvador un día, se propuso cambiar aquel nublado y volverle á Carlos la alegría que había perdido.

A partir de aquel momento, Carlos y Salvador apuraron juntos la copa de todos los placeres parisienses, hasta llegar á olvidar la historia de María.

Esta pobre niña vivió dos años en el hospital del Divino Salvador de México, y recobró la razón sólo para pronunciar los nombres de su padre y de Carlos. En seguida cerró los ojos para siempre.

Hasta aquí la historia del pasado: volvamos á tomar el hilo de los acontecimientos, en el momento en que los convidados acaban de levantarse de la mesa, impresiona-

dos vivamente con la relación con que Carlos había logrado hacer fijar la atención en Salvador.

Por supuesto, que Anita, Castaños, Carolina y doña Refugio, lejos de dirigirse á sus respectivos domicilios, formaron corro con el loable fin de comerse vivo á Salvador.

Chona había podido apenas tener fuerzas para llegar á su dormitorio, y una vez en él, cuidó sólo de cerrar y se entregó de lleno á la fiebre de sus tumultuosas ideas.

Salvador, aquel sér tan espiritual, aquel seductor tan irresistible, aquella alma tan apasionada, aquel hombre tan tierno, era el mismo Salvador infame, el cazador, el asesino, el miserable de la historia de Carlos.

—¡Qué abismos insondables guarda el corazón humano, decía Chona. Acaso sea una fábula todo ese terrible relato... No, no es Salvador, es imposible; aquel Salvador era un monstruo, y éste es un ángel....

—¿Y Carlos?... dijo al cabo de un rato.

Carlos lo comprende ya.... lo comprende todo, y prepara una venganza horrible,

quiere desenmascarar á Salvador, y.... qué sé yo qué trame.... jamás lo había yo visto animarse como ahora, al relatar su historia; ¿qué será de mí? Hoy, al sentir sobre mí todo el peso de mis faltas, me siento sin fuerzas para combatir; ha llegado el momento del terrible desenlace que presentía, era preciso, era preciso....

Sacó á Chona de sus meditaciones un ruido inesperado.

Salvador había osado penetrar allí: Chona se estremeció.

—¡Silencio! dijo Salvador y se acercó á Chona.

No tenemos un momento que perder, todo ha concluído. No hay más que un camino, ¡vámonos!

—¡Irnos! exclamó Chona.

—O soportar la vergüenza, arrostrar con el escarnio de todas estas gentes, ¡vámonos! ¡sígueme!

—¡No! dijo Chona.

—¿No?

—Espero como tú mi fallo, ¡vete!

—¿Abandonarte?

—Sí.

—¡Jamás!

—¡Salvador! reflexiona.

—Estamos perdidos.

—No: todavía es tiempo.

—Sólo de huir.

—De enderezar nuestros pasos.

—El velo está corrido.

—Aún es tiempo.

—Es tiempo de morir ó de huir para siempre. Mañana será ya tarde; Carlos me ha invitado....

—¿Á qué?

—Á salir los dos mañana al campo á matar tortolitas.

Chona se estremeció.

—Deberá volver uno de los dos, por mi parte te ofrezco volver ¿pero cómo....? Hoy no daré mi vida sinó á tí, Carlos me ha enseñado á ser celoso y á odiar.

—Te enseñó á perdonar.

—Yo le enseñé á morir.

—Pero de nuevo lo traicionas, y yo....

—¡Ingrata! exclamó Salvador con una exaltación mal reprimida. ¿Acaso no comprendes todo lo que vales para mí, supuesto que he pasado sobre lo mas sagrado para mí en el mundo, sobre un hermano mío, sobre Carlos mismo? ¿Qué otra mujer, por poderosos que fuesen sus atractivos, por grande que fuese su amor, hubiera podido obligarme á pisotear ese respeto?

Yo te amo Chona, como jamás amé en el mundo, ya sabes que amo por la primera vez, ya sabes que soy otro hombre, que atravieso por la época de mi regeneración. He sido capaz de respetar, como seré capaz de morir á tus piés, antes que pensar en perderte. Desafío al mundo á que nos separe, y puesto que Carlos se ha de atravesar en mi camino, adelante; culpa será todo de su estrella y de la mía.

Estoy resuelto; huye conmigo ó lo perdemos todo; mañana va á pedirme cuenta tu marido, mañana....

—¡Salvador, por Dios, me vuelvo loca! ten compasión de mí, tú me has dicho que

me amas, con la esperanza de un mas allá todo de amor; me has hecho creer en un mundo hecho para los dos y me has ofrecido inmolarte aquí, para merecer eternamente. ¿En dónde está esa abnegación, en dónde tanto amor? ¿Por qué me has hecho descender desde el cielo á donde me encubriste, hasta el abismo de esta realidad tan desgarradora? ¿En dónde están tus palabras de consuelo, en dónde está tu fé, Salvador? Salvador, que el mundo no acabe por señalarnos con el estigma del desprecio, ¡esto es horrible! ¿qué haremos? ¿en dónde encontraremos una justificación razonable? vamos á ser entregados á la execración de las gentes, como simples reos de un delito espantoso, no, no; y si hasta aquí me he dejado llevar en alas de la pasión que has sabido inspirarme, aún es tiempo de detenerme al borde del abismo; arrostraré con el castigo de la mujer que ha errado, pero no con el de la que ha consentido en el crimen.

—Chona: la sociedad no sabe entrar en

sutilezas, ni elimina á nadie de sus fallos, clasificando las faltas; la sociedad no conoce más que un delito común, y su fallo, ese terrible fallo, lo fulmina en una sonrisa; pues bien, ya hemos recogido las sonrisas de Castaños, las de Anita, las de doña Refugio y todas las de esos espectadores de la vida de los demás, que han aceptado un papel en la comparsa, para censurar acciones que tendrían sumo placer en ejecutar.

Esas gentes «son así», para ellas no hay más que un paso, no conocen la lucha, no admiten atenuaciones, no raciocinan, solamente fallan que es lo mas fácil; pues bien, si ya soportamos ese fallo, arrostramos con él y no lo perdamos todo; los momentos presentes, son los únicos de que podemos disponer; mañana será ya tarde, porque la venganza de Carlos va á ser terrible cuanto ha sido aplazada, no retrocederá; hay más, no debe retroceder, tiene el derecho de matarme como un perro; pudo perdonarme una vez, pero ahora no; en María le herí su amor, hoy le arrebató la honra; hoy le

arrojo á la cara, toda esa suma de ridículo que la sociedad tiene preparada tan injustamente para todas las víctimas, porque la sociedad, Chona, no castiga al delincuente sino al que sufre. Si vieras cómo me prodigan sus sonrisas las mujeres, y cómo me envidian los calaveras; si pudieras deletrear esa sorda ovación que se levanta en la sociedad, al rededor del que seduce y del que triunfa; si tradujeras toda la suma de desprecio y de ironía que esa sociedad reserva al que no tiene más delito que tener un amigo infiel; si levantaras ese velo y contemplaras el lodazal asqueroso de esas ruines pasiones, acabarías por despreciar á esa sociedad injusta que aplaude los vicios, que protege á los seductores y que escarnece á los que sufren; esa sociedad Chona, no merece que te inmoles por ella, no es digna de que le rindas un homenaje que te devolverá, mofándose de una escrupulosa de nuevo género, porque nadie te cree inmaculada, porque á esa sociedad le ha bastado vernos juntos hablándonos,

para que sin preguntar más que tu estado, falle en contra tuya.

Pero lo que este fallo tiene de terrible, continuó Salvador exaltado, es que se convierte en aplauso; sí, Chona, en estos momentos, todos se ríen de Carlos y todos nos envidian; tú eres hermosa, eres envidiable y todos esos pollos almivarados, quisieran estar en mi lugar, y todas esas señoras quisieran estar en el tuyo.

Si la aprobación de esa sociedad es la que buscas, al retroceder no harías más que atraerte la burla de todas esas gentes que viven de la difamación y del escándalo. Vámonos, Chona, no es posible retroceder. Mañana.... mañana no huiré como un cobarde, sinó que tendré que matar á tu marido, en pago de que él no quiso matarme alguna vez; mañana cuando me provoque (porque me va á provocar) yo no podré ser generoso, porque mi generosidad sería renunciar á tí; mañana á estas horas lo habré matado, y entonces tendrás que seguirme para confundir tu vergüenza con la mía,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1965 MONTERREY, MEXICO

para eludir el oprobio de vernos entregadso á la justicia estúpida de un alcalde de pueblo; vámonos Chona, no tenemos ya otro camino, está trazado nuestro itinerario, no puedes ser ya en el mundo más que mía.

Chona había escuchado una á una todas aquellas palabras, recogíendolas en el pié-lago de amargura de su alma como para hacer que rebosara tanta hiel que la matara.

El convencimiento exacto, indiscutible de sus faltas la obligaban á emprender la más formidable de las luchas morales de que es capaz el espíritu.

Se contemplaba Chona tan irremisiblemente orillada al crimen, y tan impotente para borrar una falta irremediable, que se sentía ya próxima al despecho; estaba al romperse el último hilo que la ponía al lado del deber; en aquel momento una caricia de Salvador, una palabra más, era ya suficiente para arrastrarla al despecho absoluto; pero no sabemos qué angel se cernía entonces todavía sobre Chona, no sabemos qué efluvios de clemencia llegaban hasta la

virtud misma, que inmovilizaron las manos del seductor, que aprisionaron la palabra, que trajeron una pausa de silencio á aquella escena.

La mente de Chona, suspensa al borde del abismo, comenzó á retroceder obedeciendo á una voz que le había sido familiar durante muchos años; y revistiéndose de cierta entereza inesperada, dijo á Salvador.

—Deliras. Por mi parte, acato á la sociedad que tú desprecias y respeto sus fallos, porque injustos ó buenos son los únicos competentes; no ambiciono el aplauso de Castaños ni me halaga la complicidad de los débiles: en el seno de esa misma sociedad existe el juicio recto y una norma única que debe guiar nuestras acciones: me basta la calificación de un hombre sensato, la aprobación de una sola persona virtuosa, y sobre todo, me basta el aprecio de mí misma.

Ser criminal para aparecer buena, delinquir en la sombra para vestirse á la luz la

túnica de la pureza, es una infame hipocresía de que no me hallo capaz.

Hasta aquí he luchado cuanto mis fuerzas me lo han permitido, y si he sido débil en no cortar á tiempo el mal, aún soy bastante fuerte para no rodar al abismo.

—¿Llamas abismo á la felicidad de amarme?

—Sí, porque tu amor, por grande que sea, es una transgresión, es un delito: no debemos amarnos.

—Ya no es tiempo de retroceder, el verdadero abismo está á nuestros piés, está en permanecer aquí esperando un desenlace funesto: en nuestra fuga está nuestra salvación, sígueme.

—No.

—Tú no me amas, no, ni me has amado nunca; si me amaras, te daría horror perderme.

—¡Salvador!... ten piedad de mí, no apelles á mi amor, no desgarres mi corazón. Espera... oye... Tú me has dicho que nuestro amor no era mas que el principio de una



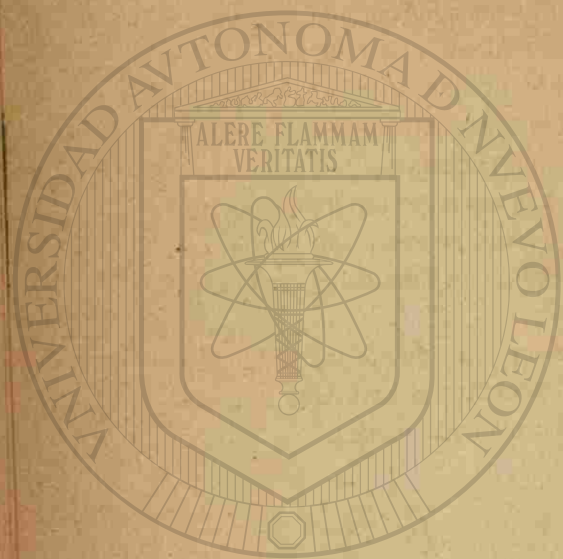
SIGUEME.

felicidad desconocida, me has hecho creer que...

La voz de Chona fué cortada, confundién- dose con el ruido de una detonación, á la que sucedió un ruido espantoso, como si la habitación en que estaban Chona y Salva- dor se les viniese encima.

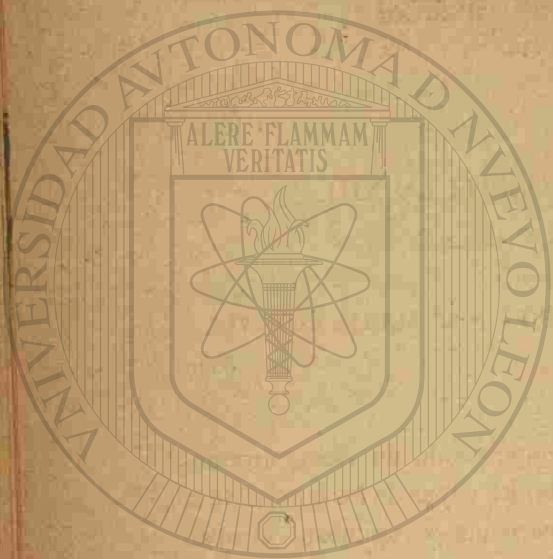
Abrióse á la sazón la vidriera de una ven- tana y cayó sobre la mesa un jarrón con flores derribando un candelabro en que ar- dían dos velas.

Reinaron repentinamente las tinieblas y crecía por momentos el ruido que anuncia- ba una catástrofe desconocida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XIII.

¡AQUÍ ESTÁ JOSÉ MARÍA GÓMEZ!

A impulsos de un viento arrasante, las copas de los árboles de la hacienda se agitaban, silvaban los tejados de las rancherías, como si una legión de duendes, en desordenada fuga, atravesara aquellos lugares.

Por todas partes se oía el ladrar de los perros, y el siniestro rumor del tumulto mezclaba sus ruidos al prolongado gemir del viento que azotaba puertas que se abrían, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

aumentaba la densidad de las tinieblas con hondonadas de polvo que arrancaba de la tierra para lanzarlas contra las sombras de la noche.

En medio de los ruidos confusos, salían de vez en cuando gritos de alarma, voces de mando, imprecaciones, gemidos, ayes y blasfemias. Por lo pronto hubiera sido imposible definir aquel conjunto de desórdenes, en los que la naturaleza parecía tomar una parte tan activa.

Bien pronto á los gritos sucedieron las detonaciones, cuyos ecos parecían ahogarse á veces en el ruido general y otras veces rimbombaban llevados por las violentas ráfagas de viento.

Sería imposible describir el terror que se apoderó de los paseantes, especialmente de las señoras, quienes, pasando del sueño al pánico, formaban grupos en los rincones, ó huían en tropel espantadas, sin saber qué sitio de refugio elegirían.

Carlos, que á la sazón velaba, fué el primero en acometer el peligro, y fué quien

advirtió los primeros indicios de aquel asalto inesperado. La casa de la hacienda estaba rodeada por todas partes, y la servidumbre, descuidada á esas horas, no había tenido tiempo de prepararse á la defensa; había más, la servidumbre dormía con el sueño del peón, que es lo mas parecido á la muerte que se conoce.

Carlos recorría con fatigosa precipitación, los dormitorios de los criados, quienes á pesar de todos los esfuerzos de su amo atribulado, gozaban de la dulce anestesia de su sueño.

Esta dilación fué suficiente á hacer imposible toda resistencia ordenada, apesar de la actividad que Carlos desplegaba.

Resonaban, sin embargo, disparos de rifle y de pistola por todas partes.

Castaños, por la primera vez en su vida, no se puso corbata, y se envolvió en un cobertor.

Las señoras, en unión de todos los santos de su devoción, invocaron á Castaños, á

quien le gritaban todas, mezclando su nombre con las palabras de la «magnífica.»

No tardó aquel santo enjestar rodeado de todas las señoras.

Castaños encontró como siempre, mas conveniente poner en puerto seguro á todo aquel bello sexo, que hacer fuego por tronera ó balcón, exponiéndose á atrapar un constipado; de manera que, inspirado por una buena idea, se lanzó en pos de las llaves, que él conocía, y gritó:

—Sígueme, muchachas; y se encaminó á una bodega; la abrió y brindó con aquel asilo seguro á las señoras, que no podían tenerse en pié de susto.

Don Homobono Pérez fué el primero que se unió con Carlos, dispuesto á defenderse.

Don Nestor y las otras autoridades, conocían la comprometida posición en que se encontraban, y cada una de ellas hubiera querido evadirse, pero ya era tarde, y se hacía forzoso arriesgar el todo por el todo.

Salvador y Chona no parecían, y esta

circunstancia causó un efecto profundo, así en Carlos como en todas aquellas personas encargadas por la situación, casi exclusivamente de contarse unas á otras.

Carlos por su parte, al notar esa desaparición, conoció que no sería dueño de sí mismo, si llegaba el momento de encontrarse con Salvador algunos momentos después.

Unos gritos furiosos resonaban en el interior de la casa, gritos que se mezclaban á los disparos y á los golpes que daban simultáneamente en varias puertas.

—¡Aquí está José María Gómez! gritaba éste en el colmo de la embriaguez y de la ira, ¡abran ó quemamos la hacienda! ¡Viva el general Márquez!

Todo esto había pasado en menos tiempo del que necesitamos para describirlo, pues cada uno obraba de por sí, movido por el temor del común peligro.

Salomé, que también velaba, al oír los primeros rumores, se había puesto de pié tras de la puerta de su calabozo; no sabía qué suerte la esperaba, pero nació en ella

la esperanza de verse libre, merced á aquel acontecimiento extraordinario; pero cuando oyó la voz de Gómez, declarándose el autor de aquel asalto, desaparecieron de pronto todas sus dudas con respecto á su perdido amante, y se estremeció de piés á cabeza, al considerar cuán desgraciada era, cuando no tenía de su parte en el mundo más que á Gómez; y desde luego se puso á elegir entre la prolongada acción de la justicia sobre ella, y su ningún valimiento, ó el oprobio de pertenecerle y seguir á un hombre que, decididamente, no era otra cosa sino un ladrón de caminos.

—Qué haremos en esta tribulación, Castaños de mi alma? decía doña Refugio, que como siempre estaba á la cabeza del grupo de las señoras.

—Qué hemos de hacer, mi vida, contestó Anita, á quien siempre le ocurría algo de provecho, qué hemos de hacer sino encomendarnos muy de veras á Dios Nuestro Señor; porque si su Divina Majestad no lo remedia, quién sabe lo que será de nosotras esta noche.

—Tiene razón Anita, dijo una señora, recemos el Trisagio.

—Las señoras que estaban calladas se habían anticipado ya á los deseos de Anita, conjurando el mal, con entregarse cada una á sus respectivas devociones.

—Me ocurre una idea, dijo Castaños.

—Veamos cuál, contestó doña Refugio.

—¿Ya saben ustedes quién es el que capitanea á los bandidos? preguntó Castaños.

—¿Quién?

—José María Gómez.

—¡Gómez! exclamó doña Refugio.

—El mismo; ya no cabe duda de que es un criminal; y para que ustedes se lo sepan, no viene movido por otra idea que por la de redimir á Salomé.

—Pues que se la den, dijo Anita.

—Que se la den, repitieron varias señoras, interrumpiendo sus piadosas oraciones.

—Ahí me las den todas, dijo un pollo, y no me parece natural ni debido que nos expongamos todos, especialmente las señoras, sólo por guardar á esa mujer que, sabe

Dios qué antecedentes tendrá, cuando tiene por amante, nada menos que al capitán de los ladrones.

—Es cierto, dijeron varias personas.

—Si no es más que eso lo que quiere, es bien sencillo darle gusto, agregó Carolina.

—Sería bueno avisar que se la entreguen.

—Sí, por vía de transacción, que al menos esa mujer sirva de garantía, de prenda pretoria.

—Muy bien pensado.

—En ese caso se necesita un parlamentario.

—¡Silencio! dijo Castaños, oigan ustedes, los gritos se acercan.

Hubo un instante de silencio durante el cual todos pudieron oír distintamente estas palabras:

—Abran.... aquí está José María Gómez.

—Ya lo oyen ustedes, es Gómez, dijo Castaños, ya no hay que vacilar; las sospechas del señor don Nestor eran fundadas, y lo que ha hecho el señor don Carlos con abogar por Gómez, no ha sido más que comprometer á la justicia.

—Y comprometerse á sí mismo, dijo doña Refugio, quien estaba desde aquel momento decidida á no seguir abogando á su vez por Salomé, supuesto que no cabía duda en que pertenecía al asaltante.

En este momento sonaron fuertes golpes á la puerta de la bodega.

—¡Jesús María y José! dijeron en coro varias señoras.

—¡Silencio! dijo Castaños.

Los golpes se repitieron.

—¡Glorifica mi alma al Señor! dijo otra voz.

—¡Silencio! repitió Castaños.

—Soy yo, dijeron por afuera.

—¿Quién es usted? preguntó Anita.

—Yo soy, D. Nestor.

—¿Qué hay? preguntó entonces Castaños.

—Abra usted.

Castaños abrió la puerta.

—¿Está aquí la presa? preguntó don Nestor.

—No; no está aquí, dijo Castaños, está en su calabozo.

—No está allá, dijo á su vez D. Nestor; el bárbaro del centinela ha abandonado su puesto á la primera alarma.

—¿Y se ha escapado la presa?

—Sí, ya no está en el calabozo.

—¿No lo dijimos? exclamó Anita, si lo que Gómez quiere es llevársela, por eso insisto en que sería bueno ofrecérsela por vía de transacción.

—¡Una transacción con los bandidos! dijo D. Nestor escandalizado del procedimiento, ¡la autoridad transigir de esa manera! eso no puede ser.

—Es que nos acaban á todos, dijo una señora.

—¡Que nos acaben! dijo D. Nestor.

—A mí no, dijo Anita, ¿qué razón hay para que nos acaben á mí y á estas señoras, sólo porque los procedimientos de don Nestor estén arreglados á la ley.

—Aquí no hay más ley que la de la propia conservación.

El ruido seguía creciendo al grado de hacerse formidable; ya toda la servidumbre

en pié había tenido tiempo de seguir las órdenes de Carlos y de D. Homobono, quienes se ocupaban en aquellos momentos de aglomerar tercios de maiz contra la puerta del zaguán de la hacienda para formar una barricada, mientras que dos de los dependientes, Santibañez y el yerno de D. Nestor, hacían fuego desde la azotea.

Estaban frente á la casa de la hacienda más de treinta caballos, á lo que podía calcularse en medio de las sombras.

—Voy á seguir buscando á la presa, dijo D. Nestor; afortunadamente no han logrado vencer la puerta, y á cada momento se hará esto mas difícil, porque nos estamos fortificando.

—¡Acá todos! gritó una voz por fuera de la bodega.

—Vamos, señor Castaños, dijo D. Nestor. Castaños abandonó con mucho pesar á las señoras, y pocos momentos después, estaba también ayudando á formar barricadas en todas las puertas amenazadas.

En el fondo de uno de los corrales, pasaba á la sazón una escena singular.

Salomé hablaba con un hombre desconocido.

—Sí, señora; decía éste, D. Gómez fué, que ya se sabe por todo el pueblo.

—¿Es posible?

—Sí, señora; y de los dos sólo ha parecido el viejo que se llama D. Santiago; pero en cuanto al muchacho, ni su luz.

—¿Pero quién es el muchacho á quien se refiere usted?

—Es el hijo de D. Santiago, ó mejor dicho, no es su hijo legítimo, porque es el niño que este señor recogió; es el niño que se les escapó á los maromeros, porque dicen que un día dijo que ya no quería ser del circo, y se escapó y lo cogió después D. Santiago para hacerlo hombre, y cuando se lo llevaba á México para ponerlo en un buen colegio, le cayó Gómez y se los llevó á los dos.

—¿Quién anda por ahí? preguntó una voz, desde el extremo opuesto del corral.

—Yo, D. Nestor, contestó el que hablaba con Salomé.

—¿Con quién está?

—Con la señora.

—Venga usted acá con ella.

El desconocido y Salomé avanzaron hacia donde estaba D. Nestor.

Entretanto se había apoderado de Salomé el mas profundo despecho, y al acercarse á don Nestor, exclamó.

—Señor, en todo caso óigame usted; soy inocente del delito que se me acusa, pero más que inocente, soy desgraciada.

Gómez.... es cierto, es mi amante.

—¡Gómez es un plagiaro! contestó indignado D. Nestor.

—¿Pero usted no sabe á quién ha plagiado?

—Sí, á D. Santiago.

—No: á mi hijo.

—¿A su hijo de usted?

—Sí, al hijo á quien busco hace tanto tiempo, al fruto de los amores que me han arrancado tantas lágrimas.

—¿Y ese hijo es el de Gómez?

—Sí señor.

—¿Y Gómez lo sabe?

—No, no conoce á su hijo; por piedad, señor, tenga usted piedad de esta pobre madre, permítame usted salvar á mi hijo, y después puede usted sepultarme para siempre en una cárcel, pero que mi hijo viva, que lo vea yo, al menos una sola vez, que vea yo á Gómez nada más el tiempo necesario para decirle quién es ese niño que tiene en su poder, se lo ruego á usted de rodillas, un momento, sólo un momento.

Y Salomé se arrojó á los pies de D. Nestor, con toda la pasión de que es capaz una madre, al grado que D. Nestor sintió que se enternecía y que á pesar de su reconocida severidad en materia de procedimientos judiciales, no pudo menos que echarse á pensar en el medio de conciliar sus deberes con las exigencias de su carácter de autoridad, conocedora oficialmente del asunto.

En aquel momento los disparos habían cesado por una y otra parte, y esta suspen-

sión de hostilidades llamó fuertemente la atención de D. Nestor que, olvidándose repentinamente de Salomé, corrió á inquirir noticias ó á cerciorarse de que los bandidos se habían retirado.

Aquel silencio repentino fué aún todavía más pavoroso é infundió más terror á los asaltados, que los tiros, la gritería y el desorden que hasta allí habían reinado.

De todos los ánimos se apoderó el vehementemente deseo de saber lo que estaba pasando.





CAPÍTULO XIV.

DE LO QUE LE HABÍA SUCEDIDO
Á GABRIEL.

EL pobre niño entró de lleno en una perfecta convalecencia; y como si los pasados sacudimientos de la materia hubiesen influido en exaltar más el espíritu, Gabriel sentía en sí mismo una nueva lucidez y un vigor de imaginación poderosísimos.

Recorría en su memoria, con admirable precisión, todos los detalles de sus tormentos, sin olvidar ninguna circunstancia, sin

®

dejar de apreciar, con un juicio extraño á su edad, el mas insignificante de los pormenores de su plagio.

Estas impresiones debieron influir de una manera decisiva en el sér moral de Gabriel, pues á partir de aquel momento, él mismo conocía que al renacer á la vida, no había hecho otra cosa que atesorar recursos de fuerza y de vigor, para saber soportar en lo sucesivo las vicisitudes de su vida, que á juzgar por lo acaecido hasta allí, no parecía presentarse bajo aspecto demasiado risueño.

El mismo Gabriel, algunos años después, ha dado al autor de este libro los mas exactos y preciosos apuntes, de los que hoy ofrecemos una parte á nuestros amables lectores.

El hombre, este sér modificable por excelencia, debe, lo que mas tarde llama su carácter, al conjunto de circunstancias que lo rodearon durante la época de su desarrollo y crecimiento.

Por eso el foco de las grandes maldades está en las grandes ciudades; el refinamiento

de la civilización produce engendros monstruosos, capaces de todos los refinamientos: el malvado de la ciudad, el que se corrompe en los palacios y los jardines, es el malvado de peor especie, el mas incorregible y el mas sustancialmente depravado.

Por el contrario, las vicisitudes tempranas, sufridas en mas amplios escenarios que las ciudades, imprimen al hombre cierto carácter de firmeza que lo hace superior.

Gabriel empezaba á ser dueño de esa suma de valor y resistencia que podría emplear mas tarde en su lucha contra la adversidad.

Sentía no sabemos qué extraña satisfacción al contemplarse vivo, después de los brutales tratamientos que había sufrido; luchaba por inquirir, con una persistencia indomables, el por qué de aquellas suspensiones de vida, en las cuales había sentido irse perdiendo hasta sus propios dolores; hubiera querido que algún espíritu morador de la región de lo desconocido, le revelase ahora, en el pleno goce de sus facultades, el lugar

en donde el alma de Gabriel se había hospedado, mientras su cuerpo, ya cercano al sepulcro, sufría los tormentos de su desorganización.

¿Qué había hecho él mismo para no sufrir, y cómo había vuelto á la vida, qué misterio era aquél, qué alternativa que lo asombraba, qué fenómeno que no podía explicarse?

Generalmente el que se ha visto, por algún accidente, privado de sentido, se conforma pasivamente y sin esfuerzo, con esa extraña suspensión de vida, bastándole sentir que sobrevive.

Pero Gabriel no se conformaba, y su atención se concentraba muchas veces, pensando en aquel tránsito misterioso.

—He de averiguarlo, decía: cuando estudie, cuando aprenda lo que debe saber un hombre, preguntaré á la ciencia lo que hice durante esas pausas de sopor y de muerte; sabré por qué he vuelto á vivir, y puede ser que llegue á explicarme lo que es la muerte.

Recordamos haber dejado á Gabriel en-

tregado á su carcelera, quien á pesar de las instrucciones feroces de Gómez, sentía, sin poderlo remediar, cierta inclinación secreta hacia aquel niño que había visto moribundo.

Pero no obstante esta inclinación, Gabriel no lograba sacar ningún partido de aquella mujer, ni alcanzaba siquiera á poner en claro alguna de las circunstancias que ignoraba.

Llegó el día en que debía Gómez volver por él para emprender la marcha, y la idea de cambiar de lugar, de ver el campo, de extender su vista por espaciosos horizontes, le infundía una alegría que no podía disimular.

Se despidió muchas veces de su carcelera, y la hizo ofrecimientos con la esperanza de llegar á cumplirlos alguna vez; porque la esperanza era en Gabriel una nueva fuerza, y nacía de su alma como el aroma de una flor; ya en aquellos momentos se creía dueño de sí mismo y capaz de todo: no le espantaba la idea de estar en poder de un bandido, se consideraba capaz de todo, y

estaba dispuesto á arrostrar de nuevo todos los tormentos á que quisieran sujetarlo.

Pasaron los días, y pasó aquél en que debía salir Gabriel de su prisión, y nadie parecía.

Esta primera contrariedad no le desanimó, sino que por el contrario, lo indujo á cambiar de plan con respecto á su deseo de salvarse.

En vez de entregarse al sueño tranquilamente como lo había hecho las noches anteriores, oyó cerrar su puerta y alejarse los pasos de su carcelera. Sabía bien que su primer enemigo iba á ser la oscuridad en que estaba sumergido, pues la mujer no le había dejado medio alguno de proporcionarse luz.

No obstante, tan luego como se cercioró de que lo habían dejado solo, se incorporó en su cama y comenzó á vestirse; y aunque hasta entonces no había pensado en forzar las cerraduras de su prisión, ni en burlar la vigilancia de su carcelera, supuesto que tenía la seguridad de ser en breve conducido á otro lugar; conocía no obstante las par-

ticularidades de su habitación, lo bastante para recorrerla con alguna confianza.

Después de inútiles tentativas, se convenció de que no era posible forzar la puerta, y la ventanilla que daba luz á aquella habitación, estaba muy alta.

Aplazó con estoica calma sus tentativas para el día siguiente, y volvió al lecho; sólo que entonces el sueño había ya huído completamente, como para dejarlo abandonado á sus meditaciones.

Estas, desde que cayó en poder de los bandidos, habían empezado incesantemente por hacerse estas preguntas.

—¿Qué será de mi padre? tal vez él no haya podido resistir, como yo, á los brutales tratamientos; acaso él no se haya salvado. ¡Ah! si hubiera muerto para mí.... Pero nó, yo tengo en el alma no sé qué aviso secreto que me dice que vive ¿ni cómo podría ser justo que recogiera la muerte en pago de su adorable sacrificio?... él no ha hecho más que bienes; Dios no le ha de haber castigado.... yo lo encontraré, lo bus-

caré por todo el mundo hasta encontrarlo; y yo seré quien después de hacerlo feliz por mucho tiempo con mi cariño, cerraré sus ojos; sí, yo no me separaré de su lado, aún cuando alguna vez llegara yo á saber quién es mi padre, aun cuando mi padre mismo me reclamase: por eso también el herrero es mi padre, aquel pobre herrero que me recogió....

Gabriel lanzó un profundo suspiro.

Acababa de recordar la manera con que supo un día que aquel herrero no era su padre.

Hé aquí la historia tal como pasaba por su mente en aquellos momentos.

—¡Qué feliz era yo al lado de aquellos dos seres queridos, ellos me dieron sus caricias, ellos me enseñaron á pronunciar el nombre de Dios, á ellos debo la vida....

¿Qué más necesita uno que creer en la felicidad, aun cuando ésta no sea cierta? yo hubiera podido ser feliz toda mi vida ¡ojalá nunca hubiera descorrido el velo que rasgaron tan cruelmente, para hacerme palpar mi triste origen!

¡Qué terrible fué aquel día y cómo se ha grabado en mi memoria!

De la misma manera que Gabriel había procurado inquirir lo que había pasado por él en los momentos en que se sintió perderse en una profundidad desconocida, así procuraba penetrar en la historia de su pasado, complaciéndose en recordar todas las peripecias por las que lo había obligado á atravesar una suerte adversa.

Gabriel, ya sea en virtud de la nueva excitación de su espíritu, ó ya porque la vida del hombre está marcada por jornadas, para que al fin de cada una, recordemos la que dejamos atrás, Gabriel, decíamos, se sentía inclinado á hacer una recapitulación de su pasado, para fijarlo en su memoria como si alguna vez hubiera de verse obligado á escribir un libro.

Alejándose lo mas que pudo de su presente, venía á su mente como su primer recuerdo, una riña entre el herrero y su mujer.

—Entonces creía yo que eran mis padres, dijo.

Era media noche: los ojos de aquella mujer chispeaban más que los del gato de la herrería, cuando velaba en el tejado. Después he sabido que los ojos se ponen así con el aguardiente: aquella mujer estaba como loca.

Yo había despertado al sentir que me faltaba el calor de mi padre, y lo primero que ví fué á la mujer en medio de la pieza, gritando furiosa.

Aún recuerdo vagamente que mi padre la obligaba á guardar silencio, para que no me despertase.

Varias noches se repitieron estas escenas, que al principio no comprendía; pero una noche, por fin, me apercibí de que se trataba de mí: no alcanzaba yo la razón de ser el objeto de aquellas reyertas, y vacilaba entre si debía preguntarla ó debía guardar reserva.

Estas vacilaciones fueron mis primeras tristezas.

La mujer del herrero había abandonado el lecho y volvió á ponerse de pié, haciendo brillar sus pequeños ojos.

—¡No puedo soportar más! decía aquella mujer, porque nadie me quita de la cabeza, que todo ese cariño que le tienes á la criatura, no es por nada bueno.

—¡Cállate mujer! le decía el herrero, en todo caso no hagas participar al inocente de las consecuencias de faltas que no ha cometido; ¿qué razón hay para que lo despiertes, acaso sabe él mismo otra cosa sino que tú y yo somos sus padres? dejémosle en ese error, al menos mientras no sea necesario darle ese mal rato.

—¡Eso es! no lo dije, todo para el niño, todo para tu hijito que ha venido á quitarles á los míos hasta tus caricias. Decididamente aquí hay algo, algo muy gordo que me ocultas, y lo que es á mí no me la das, que de algo me ha de servir el mundo que tengo.

—Ya hemos hablado muchas veces del mismo asunto y veo con pena, que se ha convertido ya en manía por tu parte armar una camorra diaria, con pretexto del niño; te obstinas en no palpar las cosas, y en no

hacer caso de mis palabras, ya se vé, esto tiene una explicación.

—¿Cuál?

—¿No la sabes? la única explicación que tienen todas tus extravagancias.

—La misma te pego; ya me vas á salir con que no estoy en mi juicio.

—Y tengo razón en ello, porque desde el momento en que no sé qué loca puso á mis piés á este niño aquella noche, no has cesado de provocarme; ya creyéndome infiel ó ya acusándome de despreciarte. No han bastado mis protestas, y cuando ya no has podido resistir á la evidencia, has recurrido al estúpido recurso de trastornar tu cerebro.

—¿Quiere decir que estoy borracha? dijo la mujer dejando rebosar la ira en su semblante.

—No digo tanto.

—¡Mira hasta qué grado llegas! esto no se puede tolerar, es preciso que fijemos lo que somos, y si hemos de tener guerra en la casa, sea la de nuestros hijos, y no la de un

advenedizo, que sabe Dios los delitos que tendrá que pagar el inocente.

—Eso has de ver para compadecerte de su situación y no agraviarlo como lo haces, preparándole un golpe doloroso.

—¿Doloroso? qué sabe el muchacho de estas cosas, lo que sabe es dejarse querer y ponerse en medio para obligarnos á reñir eternamente, pero estoy resuelta á que esto termine.

—¡Mujer! gritó el herrero, viendo que pretendía tocarme.

—¡Déjame! voy á decirle á este muchacho lo que le estás ocultando hace mucho tiempo.

—No lo permitiré.

—Lo permitas ó nó, he de decírselo en descargo de mi conciencia.

—Te digo que no lo harás.

—¡No me violentes!

—¡Retírate!

—¡No quiero! es necesario que este muchacho despierte, para que oiga la verdad. La verdad la había oído ya Gabriel.

—¡Te lo prohibo!

—¿Prohibirme á mí? pues no faltaba más, ¿quién eres tú para hacerme prohibiciones?

—¡Tu marido!

—¡Marido infiel!

—No hago más que compadecerme de la desgracia de un inocente.

—Y quererlo más que á mis hijos.

—Eso no es cierto.

—Lo veo, lo vé todo el mundo; este muchacho es el único que parece tu hijo, hasta en lo hipócrita.

—¡Mujer, no me exasperes!

—Ni tú te opongas á que yo haga justicia.

Y arrojándose sobre el niño aquella mujer, lanzó una terrible intejcción en el colmo de la ira.

El herrero no pudo andar tan listo que impidiera el caso y algunos momentos después, el niño, medio desnudo y medio despierto, abría los ojos sorprendido y temblando ante aquella mujer que se obstinaba en descargar toda su saña contra el inocente.

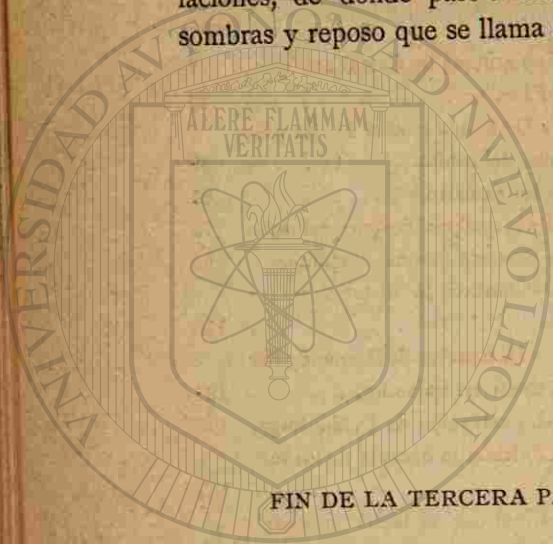
Gabriel no pudo ó no quiso dar todo el peso á su situación, ni alcanzaba á comprender otra cosa, sino que aquella mujer inventaba, en su inusitada reprimenda, todo aquello que pudiera ser más doloroso y cruel de oírse.

Pero como quiera que estas escenas se repetían con frecuencia, apesar de todas las promesas que en su cabal juicio hacía la mujer del herrero todas las mañanas, Gabriel acabó por convencerse de que efectivamente aquellos dos seres, no eran sus padres, y que de día en día su posición en aquella casa, se hacía mas embarazosa.

Por entonces apareció una mañana en el pueblo, la compañía de maromeros, y Gabriel, amigo ya del payaso, pensó que haría un bien muy grande al herrero, con proporcionarle la ocasión de ponerse en paz con su muger.

Gabriel estaba absorto en estos recuerdos que habían cruzado rápidamente por su mente, y pasando alternativamente de la imagen de un padre desconocido, al recuer-

do de la del herrero y á la de D. Santiago, se perdió aquel niño en el mar de sus cavilaciones, de donde pasó á esa región de sombras y reposo que se llama sueño.



FIN DE LA TERCERA PARTE.

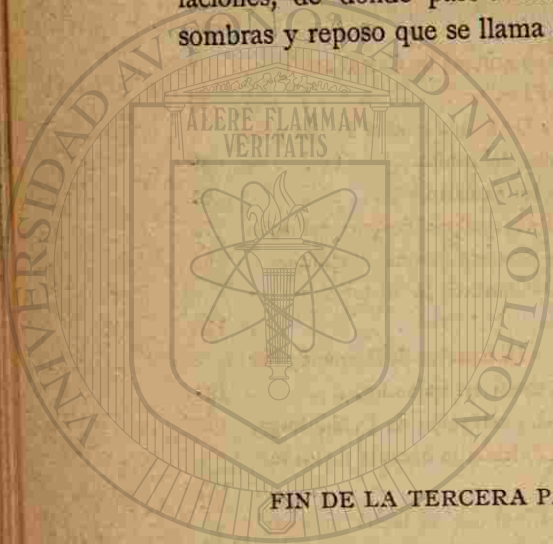
ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Los amores de Castaños . . .	7
CAPÍTULO II.—El careo	23
CAPÍTULO III.—De lo que pasó á D. Santiago la noche del asalto.	39
CAPÍTULO IV.—La catástrofe	61
CAPÍTULO V.—De lo que pasó después del careo	75
CAPÍTULO VI.—Historia de unas tortolitas .	93
CAPÍTULO VII.—Continúa la historia de las tortolitas.	113
CAPÍTULO VIII.—La historia de Fernando iba haciendo efecto en Salvador.	131
CAPÍTULO IX.—La salvación de D. Santiago.	143
CAPÍTULO X.—Continúa la historia de las tortolitas.	157
CAPÍTULO XI.—En el cual el lector conocerá el origen de las intimidades de Carlos y Salvador	175
CAPÍTULO XII.—El desaffo,	195
CAPÍTULO XIII.—¡Aquí está José María Gómez!	215
CAPÍTULO XIV.—De lo que le había sucedido á Gabriel	231

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

do de la del herrero y á la de D. Santiago, se perdió aquel niño en el mar de sus cavilaciones, de donde pasó á esa región de sombras y reposo que se llama sueño.



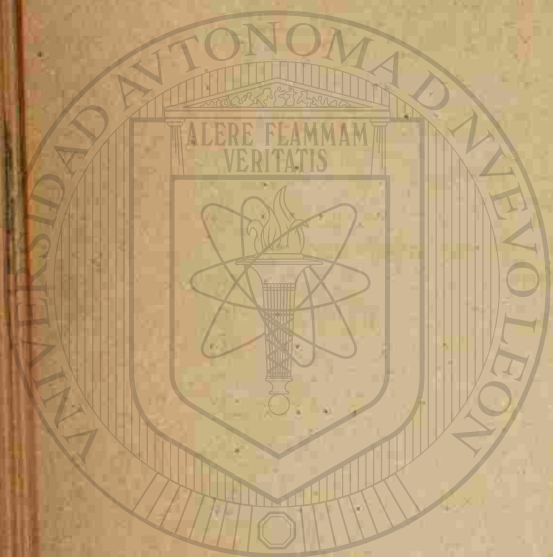
FIN DE LA TERCERA PARTE.

ÍNDICE.

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO I.—Los amores de Castaños . . .	7
CAPÍTULO II.—El careo	23
CAPÍTULO III.—De lo que pasó á D. Santiago la noche del asalto.	39
CAPÍTULO IV.—La catástrofe	61
CAPÍTULO V.—De lo que pasó después del careo	75
CAPÍTULO VI.—Historia de unas tortolitas	93
CAPÍTULO VII.—Continúa la historia de las tortolitas.	113
CAPÍTULO VIII.—La historia de Fernando iba haciendo efecto en Salvador.	131
CAPÍTULO IX.—La salvación de D. Santiago.	143
CAPÍTULO X.—Continúa la historia de las tortolitas.	157
CAPÍTULO XI.—En el cual el lector conocerá el origen de las intimidades de Carlos y Salvador	175
CAPÍTULO XII.—El desaffo,	195
CAPÍTULO XIII.—¡Aquí está José María Gómez!	215
CAPÍTULO XIV.—De lo que le había sucedido á Gabriel	231

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO



INDICE DE LAS LAMINAS.

	<u>Páginas.</u>
EL BANQUETE DE LOS LOBOS, al cromo, (portada)	
La casa del tío Mateo.	105
Estas pistolas.	189
Signeme.	211

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ~~NUEVO~~ LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICIÓN.

- TOMO I.—*Baile y Cochino*.....
- TOMO II.—*Ensalada de pollos*, (1.^a parte).
- TOMO III.—*Ensalada de pollos*, (2.^a parte).
- TOMO IV.—*Los Mariditos*.
- TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo*,
(1.^a parte).
- TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo*,
(2.^a parte).
- TOMO VII.—*Los Fuereños. La Noche Buena*.
- TOMO VIII.—*Mis Poesías*.
- TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos
trascendentales*.
- TOMO X.—*Id., id., id.* (2.^a parte.)
- TOMO XI.—*Isolina*, (1.^a parte.)
- TOMO XII.—*Isolina*, (2.^a parte.)
- TOMO XIII.—*Las Jamonas*, (1.^a parte.)
- TOMO XIV.—*Las Jamonas*, (2.^a parte.)
- TOMO XV.—*Poesías*.
- TOMO XVI.—*Las Gentes que son así* (1.^a
parte.)
- TOMO XVII.—*Las Gentes que son así* (2.^a
parte.)
- TOMO XVIII.—*Las Gentes que son así* (3.^a
parte.)
- TOMO XIX.—*Las Gentes que son así* (4.^a
parte.)—En prensa.

UNIVERSITY OF TORONTO

UAM

D. AUTÓNOMO
ON GENERAL

NUEV
LIOTE